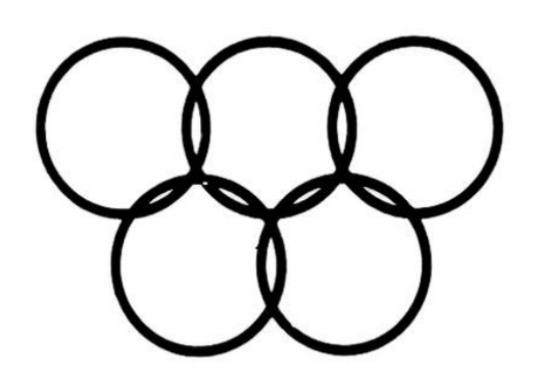

BRUGUERA
BOLSILIBROS
ACCION
TOUCHE
Lem Ryan



COLECCION
DOBLE
JUEGO



ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

65 — *Contraataque fulminante*, Adolf Quibus
66 — *Infierno de bambú*, Curtis Garland
67 — *Las zarpas de una gata*, Lem Ryan
68 — *La isla de la calavera*, Curtis Garland
69 — *Viraje mortal,* Adolf Quibus

LEM RYAN

T O U C H E

Colección
DOBLE JUEGO n.º 70
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
CAMPS Y FABRES, 5 - BARCELONA

ISBN 84-02-09277-2
Depósito legal: B. 23.172 1983

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: agosto. 1983
2.ª edición en América: febrero. 1984

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès N-152. Km 21.6501 Barcelona 1983

PROLOGO

Florida.

Verano de 1980.

El sol era un disco de ardiente fuego sobre las playas de Miami. Arrancaba destellos dorados en la fina arena. Y el calor parecía una enorme losa que agobiaba a todos los bañistas que tuvieran la suerte de estar frente a aquel mar azulado y límpido, en las costas de Florida.

El cielo semejaba de un color blanquecino a los ojos de cualquier veraneante, por los potentes fulgores del sol cegador, que parecía cubrirlo todo. Pero eso era, precisamente, lo que todo bañista desea.

Sol, calor, mar...

Y eso era lo que tenían. Florida era generosa con los que la elegían como residencia para unas largas vacaciones. Si lo que todos deseaban era quedar como cangrejos bajo el sol abrasador, fáciles eran de contentar...

Había mucha gente. Sobre todo, en las playas privadas. La arena se convertía en un verdadero mosaico de cuerpos morenos tendidos al sol, de sombrillas multicolores, de toallas playeras... Y de curvas impresionantes, de bikinis atrevidos y diminutos, donde la tela casi brillaba por su ausencia. Y, en algunos casos, así era.

Diversión, descanso... Era lo único que allí parecía existir. Unas leyes que nadie, absolutamente nadie, se atrevía a contravenir. Durante el estío, son sagradas. Por eso las playas rebosaban.

Pero, como en todo, también había excepciones.

No todo iba a ser bullicio y multitudes en Miami Beach. También hay lugares solitarios, playas donde las palmeras son las únicas que miran al mar. Y, naturalmente, también hay gente que gusta de visitar estos paradisíacos rincones.

Uno de ellos, para ser precisos, iba a ser el escenario de un acontecimiento singular. Un suceso que más tarde influiría en mi vida, aunque yo por entonces nada supiera.

Fue cuando todo terminó que me enteré de que esto llegó a suceder en cierta ocasión. Y sucedió ni más ni menos que en una cala desierta, con las palmeras, el sol y el mar inmutable y tranquilo como únicos testigos.

Cualquiera que entonces hubiese visto a las dos figuras que se movían en la playa no habría dado crédito a sus ojos. O tal vez su imaginación le hubiese llevado a la convicción de que seres de otro planeta nos visitaban.

Pero ni una cosa ni la otra eran ciertas. Las dos figuras ataviadas de blanco no tenían nada de extraño. Salvo, naturalmente, para los que nada

supieran sobre cierto deporte cuya principal característica es esa blancura, en los uniformes ceñidos que llevan sus practicantes.

El oscuro casco que llevaban solo era un protector para sus rostros. Nada más. Y ambas figuras eran femeninas. Mujeres esbeltas y agraciadas, hermosas manchas de blanco en medio del paisaje.

Una de ellas tenía un pañuelo rodeando su cintura. Un pañuelo rojo, anudado en una cadera.

En sus manos, sendas espadas brillaban a la luz del sol. No eran floretes. Pero tampoco podían hacer daño.

Cindy Clarens, una de las mujeres de blanco, lo sabía bien. Su propia espada apenas tenía punta. Y, mucho menos, filo, por supuesto. Era solo un entrenamiento, un momento de placer que solo ellas sabían encontrar en la esgrima.

—Muy bien —sonrió tras las rejillas que protegían su bonita cara—. Podemos empezar cuando quieras.

Se alzaron las armas. Ambas mujeres se pusieron en guardia, frente a frente, dispuestas a enfrentarse en aquel pequeño juego que una de ellas, la del pañuelo rojo, propuso días atrás. El sol se quebró en el pulido acero de las espadas.

Poco después, empezaba el combate. El acero chocaba contra el acero, las espadas se cruzaban, como llenas de vida. Y las dos mujeres demostraban una habilidad increíble en el manejo de aquellas armas, moviéndose como si formasen parte de sus brazos.

Todo parecía igualado. Pero no era así. Pronto una de ellas demostró ser superior a su antagonista. Una que combatió con una ferocidad y fuerza poco común, haciendo retroceder a la otra sobre la arena caliente.

Cindy Clarens, sorprendida por la inusitada ferocidad de su compañera y amiga, intentó parar sus acometidas. Y pudo oír los jaleos de la otra mujer, la del pañuelo rojo, mientras los ataques se sucedían, más virulentos, casi frenéticos.

Fue a decir algo. A preguntar a su amiga qué sucedía. Pero entonces, el acero que esta empuñaba buscó su cuerpo. Y lo encontró.

Y sucedió lo imposible.

La hoja inofensiva se transformó en un instrumento mortal. Un arma capaz de segar la vida de cualquiera en unos instantes. Un arma que segó la vida de la joven Cindy.

Veloz, mordió profundamente en las entrañas de la esgrimista, atravesándola de parte a parte. Y, en su espalda, apareció la hoja ensangrentada, mientras un gemido de angustia y dolor, de suprema agonía, brotaba de su boca.

Poco después, la espada salía, entre un raudal de sangre que empapó la dorada arena. Y Cindy Clarens caía, sin vida ya, rojo su uniforme a la


altura de su estómago.

CAPÍTULO PRIMERO

Resoplé, disgustado, mientras apoyaba los codos sobre mi mesa de trabajo. Contemplé, de una larga mirada, todo lo que había sobre ella, las armas de mi oficio, que en ese momento parecían tan inútiles como yo mismo.

¿O era solo yo el inútil?

La máquina de escribir, los folios en blanco... Todo estaba allí. Bueno, casi todo. Faltaba yo. Y sin mí nada podían hacer ellos.

La máquina de escribir seguiría allí, esperando... Y los folios continuarían en blanco, totalmente limpios, mientras yo estuviese así con la mente en blanco, mientras la inspiración no viniese a mí.

Es el sino del novelista. Hay momentos en que la imaginación vuela desenfrenada y las ideas vienen en tropel, agobiante. Sin embargo, en ocasiones todo se esfuma. La imaginación queda estancada y, perezosa, se niega a ayudarte. La Musa ya no susurra en tu oído.

Me hallaba en uno de esos momentos. El más angustioso, sin duda, para los que vivimos de nuestra imaginación. El que más cabrea, también, pues siempre suele venir cuando menos falta hace.

No es que fuese cosa de vida o muerte. No. Ni mucho menos. Pero necesitaba dinero. El cochino dinero... Y escribir es lo único que sé hacer medianamente bien. Es mi vida.

Y ahora, cuando más la necesitaba, me fallaba la imaginación. Quizá la había gastado demasiado pronto. Es posible que, después de todo, también en eso el hombre tenga límites. Tal vez había llegado a ellos, quedándome seco, vacío...

Pesimista. Me estaba convirtiendo en un pesimista. Pero es lógico. La vida pasa. Los años también. Y con ellos van faltando las ilusiones. O quizá lo que falta es la voluntad.

El resultado, pese a todo, es el mismo.

Pero no era posible que yo, a mis veinticuatro años, me sintiera viejo. No podía ser. Era solo cansancio. Nada más. Pero ¿quién podía convencerme de eso en aquel momento?

Me levanté, irritado. Ni siquiera tenía una remota idea, algún argumento que pudiese utilizar para comenzar el relato. Nada.

A pesar de las ventanas cerradas, los ruidos de la gran ciudad martilleaban mi cerebro, impedían mi concentración. Era un factor más a añadir, pues me es imposible trabajar así. Necesito completo silencio. Como supongo que también lo necesitan los demás novelistas.

—Maldita sea —suspiré, manoseando mi barbilla sin afeitar desde el día anterior, devanándome los sesos en busca de alguna historia perdida en lo más profundo de mi mente—. No se me ocurre nada...

Paseé nervioso por el *living,* el lugar que me sirve, además, como despacho. De haber sido fumador hubiese gastado todo un paquete para tranquilizarme. Pero como no lo era, como odiaba el tabaco y su apestosa nicotina, debía limitarme a caminar por allí, a observarlo todo con la mirada perdida, en un intento desesperado de cambiar la situación.

Pero por más que lo intentaba no lo conseguía. Aquel no era mi día.

Estaba anocheciendo. Las nubes, encapotándolo todo, negras y sombrías, sumían toda Manhattan en las tinieblas. Ya comenzaban las primeras gotas a golpear los cristales de las ventanas con cristalino tintineo.

—Vaya mierda —mordí las palabras, airado, dirigiéndome hacia la ventana más próxima—. Ahora, encima llueve...

Miré por la ventana. Lluvia rebotaba en el asfalto, humedeciéndolo después, formando pequeños charcos a medida que arreciaba. Las luces de la gran manzana, las farolas de las calles, parecían fantasmas lechosos en medio de la cortina de agua. Levanté la vista. Los edificios se recortaban oscuros, casi tenebrosos, en el cielo cubierto de nubes.

La tormenta duraría bastante. Estaba seguro. Tal vez toda la noche. Y quizá lo mejor era marcharse a dormir, esperar la llegada del nuevo día, deseando que fuese mejor. Después de todo, ya nada podía hacer aquella noche, con la tormenta azotando mis pobres oídos.

Permanecí allí durante algunos minutos con el rostro pegado a la ventana, sintiendo su frialdad, viendo la lluvia, las gotas de agua resbalando por el cristal, la escasa gente que corría por la calle, buscando un lugar donde refugiarse. Y de pronto tomé una decisión.

Si era preciso me quedaría toda la noche despierto, en vela. Lo importante, en esos momentos, era encontrar un argumento, un tema. Lo demás vendría por sí solo.

Y tal vez lo encontrase allí, en aquellas calles tristes y grises, entre la lluvia melancólica y enervante que caía, imparable. Todo lo que necesitaba era algo que me inspirase, que hiciese funcionar mi neura de hombre imaginativo.

Tal vez aquel ambiente me ayudase. Era muy posible que entre las sombras hallase una historia de terror, gótica y sangrienta, como las que estoy acostumbrado a escribir, con bellas mujeres chillando horrorizadas ante un ser inconcreto, amorfo, que muy bien puede ser un monstruo de ficción o un asesino sádico, un nuevo Destripador en las calles de Nueva York. O tal vez, mirando las nubes que ocultaban las estrellas, los colosales rascacielos, se me ocurriese algún tema de anticipación, estilo *Blade Runner*, en una ciudad de un futuro no demasiado lejano, tan fría y lineal

como la mismísima Nueva York. Pero no hacía falta llegar a tanto. Me hubiese conformado con una simple historia policiaca.

No importaba lo que saliese, con tal de que saliese algo.

Me aparté de la ventana con lentitud, más tranquilo. Era mejor tomarse las cosas con calma, y quizá consiguiese algo. Estaba convencido de que caminar bajo la lluvia me deprimiría, pero no importaba. Así es cómo suelen venir esas imágenes mentales, esas ilusiones de ensueño que después transformo en historia escrita.

Decidido, pero sin prisas, coloqué sobre mis ropas un ligero impermeable marrón. No hacía falta nada más, aparte de un pequeño paraguas, negro, automático. Aquella prima vera era bastante calurosa.

Apagué las luces. Dejé todo tal y como estaba. La máquina, los folios... Todo preparado para mí regreso, si este era victorioso. Si no, vuelta a empezar. Esperaba que eso no sucediese.

Poco después estaba en la calle, bajo el fuerte aguacero primaveral, protegido en parte de la lluvia por la negra tela del paraguas, donde se estrellaban las gotas con seco golpe, retumbando en mis oídos. Pero el chaparrón cada vez era más potente, y el viento mojaba mi rostro, por lo que debía llevar firmemente sujeto el paraguas.

No era tarde. Apenas acababa de anochecer. Pero la calle 14 estaba prácticamente desierta ya, salvo por algunos transeúntes que pasaban raudos junto a mí de regreso sin duda a sus casas para hallarse resguardados de los elementos en el calor del hogar. O mejor dicho, en el calor de la calefacción central, que viene a ser algo parecido. De vez en cuando, algún automóvil pasaba por allí a moderada velocidad, con los limpiaparabrisas funcionando a tope para apartar el agua del cristal.

Todo el mundo estaba en sus hogares, pasando un buen rato con la familia o ante el televisor encendido. Todo el mundo menos yo, que caminaba sin rumbo fijo bajo la amarillenta luz de las farolas, que quebraba las tinieblas en que todo se había sumido permitiéndome una visión. Mis zapatos, en el asfalto mojado, chapoteaban.

Metí mi siniestra en el bolsillo del impermeable. Miré a todas partes mientras caminaba. La mayoría de los establecimientos estaban cerrados, y los que quedaban abiertos, estaban a punto de cerrar sus puertas.

Nueva York, en aquellos momentos, no era un gigantesco hormiguero lleno de vitalidad, de movimiento. La lluvia lo había convertido en un lugar silencioso, en un monstruo inmóvil, quieto y como recogido en sí mismo.

¿Y qué era yo?

¿Dónde estaba aquel joven de diecisiete años cuyo único sueño era el de llegar a ser escritor, el de pasarse la vida creando personajes y situaciones que después transformaría en novelas? ¿Qué había sido de él pasados tantos años, ahora que lo había conseguido? ¿Qué había sido... de

mí?

Había logrado mi propósito. Desde aquel día en que, decidido, me presenté en una editorial con mi primera novela, todos mis trabajos salían publicados en colecciones populares. Y la verdad es que no aspiraba a más. Me gustaba lo que hacía. Ver mi seudónimo en las historias que yo mismo creaba era un premio más que suficiente para quien, como yo, sin haber tenido formación universitaria ni nada parecido, siempre tuvo aquello como única meta.

Sin embargo, ¿qué pasa cuando has llegado? ¿Qué sucede cuando has rebasado esa meta, cuando ya no tienes un motivo por el que seguir?

Vacío. Te sientes vacío. Sin motivaciones, sin nada que te empuje, eres solo un muñeco en medio de la tempestad que es la vida, una barca que se deja arrastrar por la corriente, sin unos remos que lo impidan.

Quizá eso era lo que me pasaba a mí. Quizá yo también estaba tan inmóvil y encogido como la propia Nueva York en aquellos momentos.

¿Me sentía tal vez fracasado?

No. Fracasado, no. Desilusionado tan solo. Tal vez ese era el motivo por el que mi mente estaba ausente, por el que no lograba, como antes, sacar una historia entera con pelos y señales en un solo día, como solía hacer antes. Y eso era malo. Es malo para todo el mundo. Perdidas las ilusiones, ya no eres nada.

Me sorprendí a mí mismo sumido en aquellos pensamientos, fruncido el ceño. Y sonreí relajándome, sin dejar de caminar. Seguía siendo, a pesar de todo, el mismo soñador de siempre, sumergido en mis reflexiones. De esa manera me conocía a mí mismo, sabía lo que era, lo que quería... Y me ayudaba mucho en los momentos de amargura.

Quizá era hora ya de darle un repaso a todo, de continuar con la vista fija al frente con nuevas ambiciones, con otros sueños nuevos, en lugar de seguir por simple inercia. Pero antes necesitaba aquella maldita novela que tanto se me resistía...

Pasé por el cruce de la Segunda Avenida, buscando algo que me diese una idea. Sabía, por propia experiencia, que esas cosas vienen sin avisar, estimulada nuestra fantasía por lo que vemos u oímos. O simplemente por algún recuerdo que de pronto aflora a nuestra consciencia, trayendo consigo la inspiración.

Pero a veces tarda tanto en llegar... Antes no pasaba lo mismo. Enseguida se me ocurrían los temas. Pero después, con los años, temes caer en la repetición. Y repetirme es algo que nunca me ha gustado, que evitaré mientras pueda. Uno, pese a todo, tiene su dignidad profesional.

Hacía mucho tiempo que no entregaba a mis editores una novela estilo *western,* llena de *cow-boys* y pistoleros, de revólveres escupiendo plomo y aire oliendo a pólvora. Debía decidirme sobre algún tema en concreto. Y

ese era tan bueno como cualquier otro y sabía defenderme evocando las gloriosas epopeyas de esos hombres bravíos que colonizaron el salvaje Oeste para convertirlo en lo que es ahora. Los Ángeles, San Francisco, San Diego, Denver, Kansas... Escenarios típicos de los filmes sobre esa época mítica, grabados en el no menos mítico Hollywood.

Hollywood...

Algo se agitó en mi cabeza al pensar en eso. Novelas, guiones... Eran cosas muy parecidas. ¿Por qué no? Si había algo que me gustase tanto como escribir novelas, aparte de las mujeres, claro, ese algo era el cine. Tal vez... Sí, era posible que allí estuviese mi próxima meta. ¿Por qué no?

Pero yo sabía que era difícil, por no decir imposible, entrar en el mercado cinematográfico. La Metro, la 22th Century ya tenían sus propios guionistas, hombres expertos, capaces de sacar ideas para grandes filmes, que después debían conseguir millones en las taquillas.

—Bah —suspiré—. Sueños imposibles...

La lluvia seguía cayendo con fuerza, el viento golpeaba mi cara, mojándola cada vez más, obligándome a cerrar los ojos. Pero no por eso dejaba de caminar, aunque ya sentía la tentación de regresar a casa, para concretar aún más el tema de mi próxima novela.

Si hubiese regresado, lo más probable es que nunca la hubiera conocido. También lo más seguro es que nunca hubiese sucedido lo que sucedió más tarde. Pero me temo que es demasiado pueril e inocente preguntarse cosas que nunca fueron. Lo cierto es que seguí adelante por las calles mojadas, algo alejado de todo aquello que me rodeaba.

Y entonces la vi.

Estaba allí, bajo la lluvia, sentada en la acera con la espalda apoyada en una pared. Las luces de las farolas apenas permitían vislumbrar el bulto oscuro de su cuerpo, los escalofríos que la sacudían con violencia.

Incluso a la distancia que se encontraba supe enseguida que era una mujer. Sus cabellos rubios, empapados totalmente, caían por sus mejillas, por sus hombros, hechos una pena por el agua. Y bajo la camisa blanca que llevaba, pegada por completo a su piel, se transparentaba la tela, por lo que sus pechos quedaban a la vista, aclarando cualquier posible duda.

Fruncí el ceño, acercándome con cautela. La lluvia caía inclemente, y ella tiritaba de frío, con la mirada perdida sin fijarse en mí. Parecía víctima de un *shock* o algo parecido.

Pero en Nueva York no te puedes fiar de las apariencias. Nunca...

Sin embargo, algo me dijo que ella no fingía. Simplemente estaba allí, temblando, estremecida, mojada su camisa, mojados sus pantalones vaqueros muy ceñidos a sus muslos... Y me dio pena.

Lo primero que se me ocurrió pensar, mientras avanzaba hacia ella, fue que la habían violado. Por desgracia tales hechos son comunes en la

podrida Nueva York. Pero su aspecto no era el de una muchacha violada.

Olvidé mi precaución, mi recelo anterior... Olvidé todo. Incluso mí novela aún no comenzada. Y me acerqué a ella.

Era joven. Muy joven. Quizá ni siquiera era mayor de edad. Pero su belleza era innegable, a pesar, o tal vez a causa de su juventud, de su apariencia de muchacha casi aniñada. Labios carnosos muy rojos, nariz levemente respingona y graciosa, mirada lejana de un azul muy pálido, celeste... Todo eso era ella.

Seguía sin verme pese a que estaba muy cerca. Miraba más allá de los edificios que tenía delante, con los ojos muy abiertos, como asustados por algo que me era imposible ver. Y ya desde el principio vi algo extraño en su mirada. Algo que no acertaba a explicar, que me llegó a inquietar incluso.

Parecía, ¿cómo decirlo? alucinada. Sí, eso es. Alucinada como bajo los efectos de una droga. Y ese fue mi segundo temor al verla.

Me arrodillé junto a ella. Mi mano se acercó a su cabello mojado, casi con temor, pero se detuvo en el aire. Ella seguía tiritando, casi con espasmo.

—Muchacha —susurré, alarmado en cierto modo—. ¿Te sucede algo?

No obtuve respuesta. Tampoco parecía haberme oído, esa era la verdad. Continuó allí, tiritando pero inmóvil, sin alterar siquiera su gesto. Y la inquietud creció en mí.

—Vamos, criatura —la insté, cogiendo sus pálidas mejillas con mi diestra, ganándome su mirada—. Tienes que regresar a tu casa. No puedes quedarte aquí, bajo la lluvia.

Me miró. Sí, estoy seguro de que en ese momento *si* me vio, supo que yo estaba allí. Pero no dijo nada. No reaccionó. Y la lluvia seguía empapando su cabello dorado, su rostro de niña, su cuerpo todo.

—¿Es que no me oyes? —me desesperé, dándole suaves golpecitos en la cara para que despertara, para que reaccionase de alguna manera—. Estás empapada. Pillarás una pulmonía de miedo si siques aquí.

Nada. Ni un gemido. Ni un movimiento.

Podía haberla dejado allí, seguir mi camino como si no la hubiese visto. O avisar a la *Police* para que se ocupasen de ella. Pero sus ojos, aquella mirada extraviada y medrosa, impidieron que hiciese tal cosa.

—Está bien —suspiré, cubriéndola con el paraguas para que no continuase mojándose—. Ya que no quieres, tendré que obligarte. No puedo dejar que te pudras aquí, lo desees tú o no.

Cogí sus hombros dispuesto a levantarla como fuese. No es que yo fuese un modelo de ciudadano. Tampoco pertenecí nunca a los *boy-scouts*, para ir tan dispuesto a tender mi mano a quién lo necesitase. Simplemente, aquella muchacha, su aspecto, me habían impresionado.

Fue entonces cuando ella pareció volver al mundo. Justo en el mismo momento en que yo intentaba levantarla me miró, con los ojos más abiertos que nunca. Creo que nunca he visto tanto terror junto en unos ojos como aquellos.

Y chilló. Chilló con todas sus fuerzas. Su alarido restalló en mi cerebro como un disparo, sorprendiéndome.

Se debatió como una fiera, retorciéndose con auténtica desesperación. Sus uñas, largas y afiladas, se clavaron en mi rostro, en mis mejillas, abriendo rojos surcos en ellas.

Dolorido, la solté. Llevé las manos hasta mi cara, a los arañazos sangrantes que sus zarpas habían producido. Y ella, mientras tanto, se levantaba, aterrorizada al parecer, para pegar su espalda en la pared y quedar allí, mirándome temblando.

—¿Qué demonios te pasa? —jadeé, contemplando la sangre en mis dedos—. Trato de ayudarte y tú... ¡Maldita sea!

Entonces ella rompió a llorar. Se encogió, ocultando el rostro entre sus manos, agitada por violentos sollozos.

¿Qué le pasaba?

¿Por qué se comportaba de aquella manera? No lograba entenderlo, por más esfuerzos que hacía. Su actitud era completamente irracional.

—No... no llores... —musité, acercándome de nuevo a ella, mordiéndome el labio inferior—. Por favor.

—¡No se acerque! —aulló ella, permitiéndome oír por vez primera su voz—. ¡No se acerque a mí!

Me detuve, haciéndole caso. Arqueé una ceja, irritado.

—Está bien —silabeé, encajando las mandíbulas—. Lo que usted desee, *miss*. Puede quedarse ahí hasta que se le calen los huesos, si esa es su voluntad. Yo me largo.

Y resuelto me alejé, dispuesto a seguir mi camino sin preocuparme más por aquella desagradecida. Toqué mi mejilla y rezongué algo entre dientes, sacando al mismo tiempo un pañuelo para limpiar la sangre.

Ya tenía bastantes problemas, para crearme uno más. Podía permanecer bajo la lluvia cuanto le viniese en gana. Estamos en un país libre.

Estaba ofuscado. Y solo necesitaba eso para completar aquel día negro. Solo necesitaba eso...

Miré hacia atrás, a pesar de todo. Fue algo instintivo, casi reflejo, pues no pensé en hacerlo, intentando emular a mis personajes de ficción, de los que tantas veces decía: «Y siguió adelante, siempre adelante... sin volver la vista en ningún momento». Pero yo soy más humano que ellos y, por tanto, no tengo un carácter tan firme.

Por otra parte, nunca he servido para hacer de «duro». Eso no va conmigo. Queda bien para mis personajes, pero no para mí. Quizá por eso

al volver a verla, al encontrarme de nuevo con su figura inmóvil bajo el tremendo chaparrón, todo mi enfado se pasó.

Miraba en rededor, como si no supiese dónde estaba, igual que haría una chiquilla perdida. Y se agarraba los brazos, frotándolos, intentando apartar aquel horrible frio de su joven cuerpo.

No podía dejarla. ¡No podía dejarla! Jamás me lo hubiese perdonado. No podría volver a mirar mi cara en un espejo.

Resoplé, tranquilizándome. Y volví a dar media vuelta, para regresar junto a aquella muchacha. Debía conseguir que volviese a su casa.

Ella me miró con sus grandes ojos azules, al ver que me acercaba de nuevo. Las gotas de agua seguían cayendo sobre su rostro y cabellos, pero creo que ya no podía mojarse más de lo que estaba.

Aquella maldita lluvia...

No había terror esta vez en su mirada, para mí sorpresa. Solo desconcierto. Dudaba. Como si de repente hubiese despertado de un sueño.

—Señorita —carraspeé, mostrándome amable. Alrededor mío, el sordo rumor de la lluvia crecía y crecía—. Perdone que le moleste de nuevo, pero ¿puedo ayudarla en algo? Está usted empapada y...

Ella pestañeó, como aturdida. Tembló de nuevo.

—No... No... —negó ella con la cabeza, entre tiritones—. Gra... gracias, de todas formas...

—Vamos, no me haga reír. Está como una sopa.

No esperé a que ella replicase. Aun a riesgo de mojarme yo, me despojé del imperdible a toda prisa, para tendérselo después. Ella se quedó mirando la prenda, sin decidirse. Su actitud parecía distinta a la de solo unos momentos antes.

—Póngaselo o terminará aterida —le aconsejé—. No quisiera leer mañana en los periódicos que la han encontrado muerta de frío en medio de la calle Catorce, cuando yo he estado tan cerca, pudiendo ayudarla.

Presa de enormes tiritones, que sacudían su menudo cuerpo de adolescente, agarró el impermeable con aquellas manos que tanto daño me habían causado y sin pensarlo más, se lo colocó sobre sus mojadas ropas, que nada la habían protegido de la tormenta.

—Eso está mejor —sonreí, aguantando el dolor que recorría mis mejillas, al verla cubierta con mi impermeable. En otro momento tal vez hubiese provocado mi hilaridad ver su cómico aspecto, con aquella prenda tan grande sobre sus formas aún no completas de mujer, con aquellas mangas enormes que ni siquiera permitían ver sus manos—. Ahora, si me permite la acompañaré hasta su casa. No creo que esté en condiciones de ir usted sola...

La joven me miró, repentinamente sobresaltada. Mi paraguas impedía que su rubia cabeza siguiera mojándose. Pero a pesar de todo los temblores

no cesaban. El frío seguía haciendo mella en su carne.

—No... Mi casa no... —jadeó, ronca su voz—. Por favor, señor... No me lleve a mí casa... No aún...

Estuve a punto de preguntarle la razón. Pero me pareció poco discreto hacerlo. Por otra parte, no era de mi incumbencia.

—Está bien —me encogí de hombros—. Si no desea regresar a su casa, usted sabrá. Pero entonces, ¿dónde desea que la lleve?

—Donde sea... —contestó ella, castañeteantes sus dientes blanquísimos —. No importa... Lejos de esta maldita lluvia que me está matando, si es posible. Pero no a mí casa...

Eché una mirada a lo largo de la calle. Todos los establecimientos estaban cerrados. La lluvia, al parecer, no resulta comercial. El monstruo de metal y cemento estaba ya totalmente encogido sobre sí mismo. Solo sus ojos, sus miles, millones de ojos brillantes en la oscuridad, permanecían abiertos.

—La invitaría a un café calentito, pero me temo que con este tiempecito todo está cerrado —observé, mirándola—. Así que no sé... Y si sigue aquí se va a congelar.

No dijo nada. ¿Qué podía decir, de todas formas?

—Si confiase en mí, podría invitarla a ese café en mi casa —sugerí, sin mucha convicción—. Pero me temo que usted no aceptará. Y haría bien, pues no me conoce de nada.

Sentí sus ojos azul pálido posados en mí. Me taladraban con la intensidad de un acero al rojo vivo.

—Vayamos —susurró, con voz casi inaudible.

—¿Cómo?

—Confío en usted...

Fruncí el ceño. Sonreía, por vez primera desde que la vi. Y su sonrisa era dulce, encantadora. Su gesto, muy distinto al de minutos antes. Recuerdo que pensé fugazmente si de verdad era tan ingenua e inocente como parecía. Ninguna mujer con tres dedos de frente acepta tan gustosa ir a casa de un desconocido. Muy inconsciente tenía que ser... Y más en Nueva York.

CAPÍTULO II

Ella no habló en ningún momento durante todo el camino. Supongo que tenía bastante con sus temblores, con sus sacudidas espasmódicas. Yo, por mí parte, pensaba.

No me hacía demasiada gracia llevarla a mí casa, la verdad. No porque fuera inmoral y todo eso... Era una chiquilla y yo no pensaba tocarla, por mucho que me turbase su presencia. Sabía controlarme cuando la situación lo requería.

No, el motivo no era ese. Simplemente había algo que debía hacer aún, y que ella impediría con su presencia: mi novela. Ese era todavía mi gran problema. Y me daba la impresión de que tampoco aquella noche lo resolvería.

Caminábamos con rapidez. La lluvia seguía cayendo, torrencial. Y yo, sin mi impermeable también me mojaba. Y francamente, comprendía lo que estaba pasando la muchacha.

Llegamos a la entrada del edificio donde yo vivía. En la mayoría de las ventanas no había luz, señal inequívoca de que todo, lenta, muy lentamente, debido a la hora tan temprana, se iba adormilando. Pero no podía estar seguro de nada. Conocía demasiado a mis escasos vecinos, a sus murmuraciones respecto a mí, un muchacho emancipado y liberal que se pasaba todo el día en casa, un gandul, según ellos, sin el menor sentido de la moral.

Si descubrían que metía a una menor en mi casa buena la iban a armar... Serían capaces, incluso, de llamar a la policía, aunque no hubiese hecho nada. Así es la gente.

Pero por fortuna logramos pasar sin ser advertidos. La chica, mientras subíamos hasta mi piso, fue dejando un rastro exagerado de agua a lo largo de la escalera. Después, naturalmente, yo cargaría con todas las culpas...

Al entrar, lo primero que vi fue la máquina de escribir, los folios amontonados sobre la mesa. Y no pude evitar un suspiro de resignación. Aquello deberla esperar. Y yo me tendría que conformar con escribir una novela del viejo y legendario —inevitables tópicos—. Oeste. Una más, entre las muchas que llevaba escritas, sin demasiada originalidad. Pero al menos satisfaría a mí editor.

Cerré la puerta despacio. La joven que había encontrado en medio de la calle estaba allí, en medio del *hall,* mirándolo todo algo medrosa. A sus pies ya se había formado un charco.

No dije nada. La dejé allí, mientras colgaba el paraguas tranquilamente

y me dirigía hacia el *living*. Estoy seguro de que ella me siguió con la mirada, pero continuó en el mismo sitio.

«Extraña criatura —me dije a mí mismo—. Muy extraña...»

Me dirigí directamente al cuarto de baño, abriendo de inmediato el grifo de la bañera. Despacio, el agua caliente fue llenándola y el vapor escapado flotó ante mis ojos, como preludio de su agradable y acogedora temperatura, capaz de paliar las inclemencias que se agitaban sobre el cielo neoyorquino.

Metí un dedo en el agua calculando mentalmente la temperatura. Estaban muy caliente. Quizá demasiado. Pero así era como hacía falta.

Salí después. Ella seguía en el mismo lugar, con la mirada fija en mi máquina de escribir, en la papelera que había en el suelo llena de folios mecanografiados, arrugados o rotos en confuso montón. Al hacerme visible elevó la vista, cruzándose nuestras miradas.

—Desnúdate —solté de sopetón, sin avisar.

—¿Quéee...? —jadeó ella, sobresaltada—. ¿Cómo dice?

Por instinto, había dado un paso atrás sin dejar de mirarme. Su voz era vacilante, trémula, mitad por el frío y mitad por el miedo. Temblaba como un flan, como un castillo de naipes a punto de venirse abajo.

—No se preocupe —intenté tranquilizarla, ahogando un bostezo—. Tiene agua caliente en el baño. Si no desea quedarse ahí hasta convertirse en un témpano, lo mejor es que se desnude y se meta ahí en la bañera. Y hasta las orejas.

—Pero...

—No tema —sonreí, tranquilizador—. Hay pestillo por dentro. Puede echarlo si le apetece, si con ello se siente más tranquila. Mientras tanto prepararé el café.

Ella no se movió. Solo se limitó a mirarme, con aquellos ojos suyos tan grandes y azules.

—¿Qué espera? —arqueé una ceja, sorprendido—. ¿Quiere acaso una invitación por escrito? Métase dentro o me enfadaré.

No tuve que volver a repetírselo. Castañeteando los dientes, tan encogida como un cervatillo asustado, corrió hasta el cuarto de baño. Antes de entrar se volvió hacia mí. Vi aquella sonrisa en sus labios.

—Yo... Gracias. Muchas gracias.

Y enseguida se encerró en el baño. Oí la puerta cerrándose y cómo echaba el pestillo. Y después nada... Silencio al otro lado. Los sonidos que hubiera no podía oírlos. Ni tampoco quería...

—Ahí tiene toallas —avisé, en voz no demasiado alta—. Y un albornoz. Le servirá para cubrirse mientras se seca la ropa. No tengo otra cosa que pueda servirle.

Nada. Ni un solo susurro al otro lado de la hoja de madera. No me

contestó. Pero ¿qué debía contestar?

Me aparté de allí. Procuré no pensar que aquella muchacha estaba en mi casa. Pero por más que lo intentaba no podía apartar de mi mente la convicción de que había hecho una tontería.

No la conocía de nada. Hasta aquel momento nunca antes la había visto. Por no saber no sabía ni su nombre. Ni, por supuesto, las razones por las que se hallaba en medio de la calle.

¿Por qué, entonces, me había visto impelido a ayudarle? ¿Para demostrar que soy un buen samaritano, quizás? ¿O tal vez porque a pesar de todo no puedo vivir sin problemas? Porque aquella chica podía meterme en un buen lío...

Solidaridad... Sí, puede que fuera eso. Quizá era cierto eso de que es cuando estamos llenos de problemas que nos gustaría poder resolver los de los demás. O tal vez solo era lástima...

Pero era mejor dejar de pensar en ello. Tenía otras cosas en la cabeza, más importante en aquellos momentos para mí.

Me dirigí a la cocina. Por fortuna, ya había previsto que necesitaría mucho café aquella noche y todo estaba preparado. Lo que entonces no supuse es que tendría compañía femenina.

Calenté el café, sin prisas. La noche era larga y acababa de empezar. Quedaban muchas horas por delante, por fortuna. Horas que debían servirme para llegar a una decisión, para ir tomando notas y detalles. Cosas que después pondría en el original.

Un *western*...

Suspiré. No era un género que me entusiasmase, la verdad, por las limitaciones que encuentra un autor, encasillado en una época determinada, en lugares que apenas podían variar, con situaciones que ya eran demasiado típicas. Naturalmente, podía hacerse una buena novela. Pero era tan difícil salir de la rutina en ese ambiente...

¿Qué tema podía coger? ¿El del pistolero arrepentido? ¿El de la venganza? ¿Tal vez un *sheriff* que defiende su ciudad del crimen? ¿O un ataque de los indios sobre pacíficos colonos?

¡Bah! Todo eso estaba más gastado que los incisivos de una rata. Necesitaba algo más original. Un tema poco tratado, donde yo pudiera encontrar terreno fértil para mí imaginación.

El silbido de la cafetera me sacó de mis cavilaciones. El café estaba a punto. Solo faltaba echarlo en las tazas, cosa que hice enseguida después de llevarlo hasta el *living*.

Eché un par de cucharadillas de azúcar en mi taza, el café solo, amargo, me sabe a piojos fritos. Es algo que pocas veces he probado, y que espero no volver a tomarlo nunca más. ¡Qué asco! Pero me abstuve de echar en la otra taza, pues no conocía los gustos de la muchacha.

Esperé sentado en el sofá, frente a la mesita donde estaban las tazas, el azucarero y la cafetera. El aroma del oscuro líquido llegaba hasta mi nariz, dejándome la boca hecha agua. Pero tenía demasiados modales como para bebérmelo mientras la chica estuviera en el baño. Quizá sea una tontería, pero soy así y no puedo remediarlo.

Me levanté, paseando nervioso por el *living*. Miré la máquina de escribir. Si funcionasen solas... Pero entonces, ¿para qué serviría yo? ¿Para qué estaríamos nosotros, los escritores?

Me acerqué hasta la mesa de trabajo. Pensativo, golpeé suavemente con los dedos en el metal viejo, sin pintura ya casi, de mi máquina de escribir, rememorando sin querer alguna vieja canción. Y seguidamente escribí, en rojo, el comienzo del folio que había en el «carro»: CAPÍTULO PRIMERO... Después venía lo difícil.

¿Cómo continuar?

Fruncí el entrecejo. Una idea acababa de cruzar por mí mente. Podía mezclar dos géneros muy diferentes. Ya lo había hecho en anteriores ocasiones, con otras novelas, y me había gustado, aunque algunas veces me gané las protestas de mi editor. Pero ¿qué importaba, si salía bien como las otras veces?

Oeste... y terror, por ejemplo.

¿Por qué pensar en un asesino despiadado y sádico como pocos, a lo Jack *el Destripados* en una ciudad del Oeste americano, actuando por las noches en las sombras? ¿Y por qué no empezar con una escena que ya habría visto?

Una muchacha, una joven de curvas aún no muy precisas, en una noche lluviosa...

—¡Sí! —jadeé, sentándome ante el teclado de mi instrumento de trabajo—. Eso es... ¡Eso es! Escribe, maldito... escribe.

Y escribí. Mis dedos volaron sobre las teclas, pulsándolas casi con furia, con la excitación que produce hallarse de pronto en la embriaguez de la inspiración.

Poco a poco, las palabras, las frases se fueron formando en el blanco antes impoluto de la hoja, una tras otra. Y aquel simple papel de pronto se convirtió, por la magia de mis dedos, de mi imaginación, en todo un mundo. Unos signos sobre el papel... Solo era eso. Y sin embargo, mientras tecleaba, yo podía sentirme casi como un dios, dando vida o muerte a cualquiera, creando paisajes, decidiendo destinos gracias tan solo a mí fantasía. Y a lo largo de todo el folio fue haciéndose patente mi estilo, la pequeña gota que aporta mi forma de ver la literatura, cargada de objetivos a veces innecesarios y demasiadas descripciones. Todo, absolutamente todo lo que yo veía con los ojos de mi mente debía describirlo, echando mano de todo mi conocimiento sobre el lenguaje literario.

Escribí:

Por fin, se desató la tormenta.

Las nubes ya cubrían todo lo que alcanzaba a verse desde varias horas antes, provocando la rápida caída de la noche. Y era precisamente entonces, cuando ya la oscuridad se había cernido sobre la ciudad, que comenzó el aguacero.

Primero fueron los relámpagos, iluminando el oscuro cielo con sus fulgores cárdenos, llenando las masas nubosas de zigzagueantes culebras luminosas, entre el sordo repique del trueno en la distancia. Y después vino la lluvia, como un regalo del cielo a las fértiles tierras de la comarca, que haría mucho bien en aquel caluroso verano.

Todo lo demás era silencio. Las gentes de aquel pequeño pueblo casi perdido en el sudoeste de Estados Unidos habían corrido a sus casas ante la inminencia del fuerte chaparrón estival.

Pero no todo el mundo había reaccionado así...

No pude continuar, pues oí abrirse una puerta. Recordé que tenía una invitada y volví la cabeza, dejando la máquina de escribir, olvidándome durante unos momentos de lo que estaba haciendo.

La chica había salido del baño, envuelta en mi propio albornoz. No pude evitar una ojeada a sus piernas, lo único que en aquel momento podía verse, blancas como la seda y bien torneadas, perfectas pero fuertes y vigorosas como las de un atleta. Su cabello seguía mojado, pero se notaba que intentó secárselo con una toalla.

—¿Tienes frío? —le pregunté, serio mi gesto.

—Un poco —respondió ella algo cohibida, bajando la mirada, tímida como una quinceañera.

—Lo siento —me disculpé, encogiendo los hombros—. Esta casa es así, bastante fría. Pero no hay manera de arreglar lo, incluso con el calefactor a tope.

—No es nada —sonrió débilmente la adolescente— comparado con lo de antes...

—De todas formas, tómate el café —sonreí, volviendo de nuevo la vista hacia el folio escrito que seguía dentro del «carro», releyendo lo que hasta aquel momento tenía—. Te hará mucho bien.

Obedeció, tomando la taza humeante entre sus menudas manos. Sin embargo, por supuesto. Bajo el albornoz, lo más probable es que estuviera en cueros vivos, dado que sus ropas estaban mojadas. Y si se hubiera sentado... Bueno, aún no era una mujer completa, pero... En fin, lo mejor era olvidar el asunto.

Lenta, muy lentamente y a pequeños sorbos, fue tomando el café, sin que mediase palabra alguna entre nosotros. Y después... ¿qué? ¿Qué demonios iba a hacer con aquella chiquilla? ¿Pedirle amablemente que se

marchase, que volviese a su casa?

¡Maldita sea! En qué líos me meto. ¿Y cómo iba a salir de aquel?

Por lo menos había comenzado mi novela. Y eso ya era algo. Lo demás, vendría casi sin esfuerzo, como quien no quiere la cosa. Y todo gracias, en cierto modo, a aquella preciosa muchacha.

Me encontré de pronto con sus ojos, observándome entre los rizos inverosímiles del vapor, mientras bebía poco a poco, con los labios pegados a la taza. Estaban fijos en mí como dos preciosos puñales de azulado metal. Y cuando apartó la taza de su boca, de la abierta amapola que eran sus labios, me dijo algo, entre avergonzada y contenta.

—Gracias por todo, señor... Si no hubiera sido por usted... Y perdón por lo que le hice. No quería lastimarle. De verdad.

—No importa —negué con lentitud, acariciando los dolorosos arañazos de mis mejillas—. Es lógico que lo hicieras. No fue culpa tuya. Además, lo único que me duele es el orgullo, pues nunca hasta ahora me había arañado una mujer. Eres la primera...

—Lo lamento mucho.

—No te disculpes —sonreí, abandonando mi incómoda silla y sentándome en el sofá—. Creo que necesitaba esos arañazos para despejarme. Es algo que debo agradecerte.

Ella arrugó ligeramente el ceño, sin comprender. Pero yo no aclaré nada. No era yo quien debía explicaciones, después de todo. Me limité a beberme el café, sin ninguna prisa. Como dije antes, la noche solo había comenzado. Me quedaban muchas más tazas por beber.

—¿Cómo te llamas?

Mi pregunta fue suave, pronunciada con lentitud, mientras agitaba la cucharilla disolviendo el azúcar que se había posado en el fondo de la taza. Y pareció flotar en el aire durante unos segundos entre ambos, con el tintineo de la cucharilla como fondo.

—Carol —musitó ella con la taza aún en sus manos, esparciendo aroma a café caliente por doquier—. Carol Manning. ¿No me conoce?

—¿Debía conocerla, acaso?

—No —la sonrisa volvió a ella. La confianza crecía—. No tenía por que qué, naturalmente. Pero es extraño que haya alguien en Nueva York que no me conozca. Extraño... y agradable.

—¿Eres actriz, tal vez?

—No —cabeceó de un lado a otro débilmente, agitando sus mojados cabellos rubios—. Me hubiera gustado serlo, pero no lo soy... por desgracia.

—¿Entonces? —bebí otro sorbo, no demasiado interesado por la conversación, la verdad. En mi mente seguían girando imágenes para mí novela—. Carol Manning. No recuerdo... Pero no es de extrañar. La verdad

es que vivo algo aislado del mundo, metido entre estas cuatro paredes. Solo veo la «tele» cuando dan algún filme interesante. No leo periódicos, ni revistas.

—No me extraña, entonces —su sonrisa se hizo más amplia, mientras dejaba la taza, ya vacía, sobre la pequeña mesa. Miró mi rostro, mis mejillas laceradas, con súbita preocupación—. Eso puede infectarse si no se cura. Y si yo soy la causa nunca me lo perdonaría.

Me interrogó con la mirada. Supe enseguida lo que buscaba y, sonriendo, señalé el cuarto de baño con mi índice.

—Allí tienes lo necesario —respondí—. Yo solo lo uso cuando me corto al afeitarme.

—Pues eso no volverá a suceder en algunos días —se permitió una pequeña broma que me hizo arquear una ceja, mientras entraba en el baño —. Con esas heridas en la cara no podrá afeitarse.

Aspiré con fuerza. Estaba confundido. Muy confundido. Era tan diferente la chica que estaba en mi casa de la que yo había encontrado en la calle... No parecía la misma.

Misterios de la mente humana. Hay tantos, que ya no se puede uno sorprender de nada. Y menos que nadie yo mismo, acostumbrado a convivir con todos ellos, con rarezas y pasiones, con diferentes formas de ver la vida, con odios y rencores. Tal vez sea cierto que después de los estudiosos, con psicólogos o psiquiatras, nosotros, los novelistas, somos los que mejor conocemos al Hombre y sus misterios, pues trabajamos con ellos, con sus reacciones y sentimientos. O puede que no que nuestras historias sean solo un reflejo de nosotros mismos, de nuestras neurosis y obsesiones, de nuestras pasiones más escondidas...

Otro misterio.

Quizá yo soy tan raro como aquella chica. No puedo estar seguro. Y probablemente nunca lo estaré.

Pero lo único cierto es que ella era extraña. Había una aureola de misterio en torno a toda su figura de niña convertida en mujer. Igual que había misterio en sus ojos, azulados como lagos inmensos.

Aunque también podía ser que estuviese confundiendo la vida real con una novela. Pero eso a veces no es tan desagradable.

Discernir a veces entre la realidad y la ficción es tan difícil...

La explicación que se me ocurrió después era más verosímil. Menos literaria, quizá. Menos poética, también. Pero si más razonable.

La adolescencia...

Ese era el único misterio. La transición, el cambio de niña a mujer... No solo en el cuerpo, también en el pensamiento, en las reacciones, que poco a poco van mutando, van tornándose diferentes a las que tuvimos en la infancia. Una etapa crítica de la vida, llena de vacilaciones y temores, de

dudas, de titubeos que a veces parecen sin sentido, que después se convertirán en seguridades, en convicciones... Es ahí de verdad donde se forma, poco a poco, paso a paso, la personalidad del adulto, en esa fase maravillosa de la juventud que es la pubertad, por la que estaba pasando aquella muchacha.

Quizá yo era igual de voluble cuando tenía su edad. Después de todo no hace mucho de eso. Soy joven. Muy joven. Demasiado, dicen algunos. No he pasado tanto tiempo desde que dejé la pubertad. Sabía mejor que nadie, por tanto, lo que era eso.

Miré el folio mecanografiado, dejando de lado aquella cuestión. Había empezado bien el relato, cosa muy favorable. Si iba a buen ritmo, podría terminar la novela en cuatro o cinco días, sin demasiados esfuerzos. A menos que algo me retrasase.

Carol Manning salió en aquel momento, trayendo en sus manos un frasco de agua oxigenada y unos apósitos adhesivos. Lucia además una sonrisa radiante.

—Es todo lo que necesito —comentó, acercándose a mí. Colocó lo que llevaba a su lado, en la mesita, y me encontré con su rostro muy cerca del mío, con sus inmensos ojos azules fijos en los arañazos que ella misma me había causado—. Ahora permite que subsane lo que yo he causado.

Asentí, dejándola hacer. Puso su mano sobre mi mejilla, examinando los zarpazos que abrían la piel y carne muy superficialmente, todavía con rastros de sangre. Mis ojos, de soslayo, se deslizaron por la suave, pálida piel del hermoso óvalo que era su rostro, por los labios entreabiertos de un rojo casi sangriento, por su cabello rubio levemente ondulado, que ya comenzaba a secarse... para después bajar por su cuello marmóreo, sin rastro apenas del suave vello rubio que parecía hacerlo más sedoso aún, hacia el nacimiento de sus juveniles pero poderosos senos mal cubiertos por la tela de toalla de mi albornoz, debido a que su talla era demasiado grande para ella, casi totalmente visibles las dos blancas esferas de carne, enhiestas, pujantes bajo la escasa tela que las cubría.

Tragué saliva, nervioso. Cosas así son las que provocan infartos fatales. Afortunadamente, no creo que ella se diera cuenta de mis pensamientos. Y yo, por fortuna, me mantuve sereno, sin alterar un ápice mi gesto.

Ni siquiera se había percatado de la amplia panorámica que con tanta generosidad me ofrecía.

Aparté la mirada. Ni siquiera entró en mi cabeza la idea de propasarme con ella. Jamás hice nada parecido, ni pienso hacerlo nunca. Y menos con una menor, aunque parezca algo «carroza»

Poco después tenía un apósito en mi mejilla izquierda, donde más se habían hundido las uñas de la muchacha, y las otras heridas de mi cara estaban desinfectadas. Ella se retiró, permitiéndome respirar tranquilo, y

me miró, con la sonrisa siempre presente en sus labios.

—Aún no me ha dicho su nombre...

Toqué mi mejilla, palpando el apósito adherido a ella, que cubría los peores zarpazos que recibí de aquella pequeña bestezuela. Todavía no se había dado cuenta del amplio escote del albornoz, y su ingenuidad, su inocencia de colegiala que ni siquiera sospecha, me hizo sonreír abiertamente.

—¿Por qué no me tuteas? —sugerí, mirándola, divertido. Ella seguía sentada junto a mí—. No nos llevamos tanta edad para usar tanta ceremonia. Es mejor tratarnos de «tú», como los buenos amigos.

—Como quieras —rio ella, pasando la pumita de su lengua por los carnosos labios, sin necesidad ninguna—. Pero sigo sin conocer el nombre de la persona que tanta ayuda me ha ofrecido.

—Pearce, Jack Pearce —respondí, con algo de sorna en mi tono que ella no captó, quizá porque la ironía iba dirigida hacia mí mismo—. Pero puedes llamarme Jack tan solo. Pearce no es un apellido muy bonito. Ni exótico.

—Tampoco Manning —volvió a reír ella—. Sin embargo, debemos aguantarnos con lo que nos ha tocado.

Miró hacia atrás por encima de mi hombro, inclinándose un tanto hacia mí. Y yo, para evitar la tentación de sus pechos que ya rozaban mi brazo, seguí su mirada, clavada en mi máquina de escribir.

Fue entonces cuando hice la pregunta.

—¿A qué te dedicas? Tienes figura de modelo. O de *starlette.* Aunque quizá lo único que haces es estudiar...

—Lo adivinaste —asintió Carol, mi recién encontrada amiga de unas pocas horas, contenta, palmoteando alegremente—. Estudio. Solo estudio. Pero no sé para qué... Mi madre dice que debo abrirme camino en el mundo que hasta ahora estaba dominado por los hombres. Mi padre, por el contrario, es un machista empedernido, como la mayoría de los irlandeses.

—¿Irlandés? —de nuevo llevé la mano hacia la mejilla—. Ahora comprendo lo de los arañazos. Demuestra que has adquirido su carácter.

—Y lo único que he conseguido con mi maldito carácter es arañarte —me miró con tristeza y... ¿ternura? No, debió ser una confusión—. Te pido perdón una vez más.

—¿Y tú? Eso es lo que piensan tus padres. ¿Tú qué piensas?

—Mi vida no es el estudio. Jack —se sinceró conmigo. Era increíble cuán pronto habíamos congeniado, comportándonos como viejos amigos—. Me muero de asco con la química, con las matemáticas. Yo quiero ser como mi hermana.

—¿Tu hermana?

Sus ojos chispearon de emoción, brillantes las pupilas, ensoñadora su

mirada. Y cuando habló en su voz latía el orgullo, la admiración.

—Wanda. Mi hermana, la mejor. Campeona de esgrima tres veces sucesivas. Un auténtico vendaval con una espada en sus manos...

CAPÍTULO III

Esgrima...

Al escuchar aquellas palabras hubo un chasquido en mi mente, como si algo en su interior se hubiese desatado. Y mientras Carol Manning, la adolescente y hermosa Carol, seguía hablando, supe que a pesar de todo seguía siendo el mismo Jack Pearce de siempre.

Esgrima...

No era un tema muy explotado, como todo el deporte en general, dentro de la literatura popular. Sin embargo, dentro de todo era lógico. El lector quiere acción, dinamismo... El deporte prefiere verlo con sus propios ojos. Escrito pierde interés. No creo que uno sienta esa especial excitación, esos deseos irrefrenables de saltar del asiento, brazos en alto, y gritar ¡GOL! a pleno pulmón, viéndolo en letras de imprenta sobre las hojas de una novela.

Pero ¿y si se mezclase la acción, el dinamismo, la aventura... y el deporte? ¿O una historia de amor y sangre, en un ambiente deportivo?

Todo eso pasó por mí cabeza en cuestión de segundos, con el súbito estallido de mi imaginación, que demostraba una vez más no haberse oxidado. Y también la sensación de que podía ser interesante aquella experiencia.

—Campeona de esgrima... —asentí, pensativo—. ¿Quién me lo iba a decir? ¿Y tú quieres seguir sus pasos?

—Sí —cabeceó, sonriente—. Ella me inculcó el amor a ese deporte, y me enseñó. Pero mi técnica es muy pobre comparada con la suya. Estoy segura de que te gustaría verla. Es una delicia contemplar cada uno de sus movimientos, cada finta, cada estocada, cuando tiene un florete en la diestra.

—No sé —me encogí de hombros, escéptico hacia mí mismo—. Nunca he visto un combate real de esgrima. Ni tampoco sé si me gusta, la verdad. Nunca me he interesado demasiado el deporte.

—Pues nadie lo diría —rio ella. Por primera vez vi en sus ojos una chispa de malicia, al mirarme—. Tu aspecto es el de deportista nato.

—Mi profesión está reñida con el deporte —sonreí, clavando mis ojos en sus piernas, demasiado descubiertas para mí tranquilidad—. Esta es mi complexión natural. Fachada solamente...

—No lo creo —aseguró Carol, desviando de pronto su mirada, contemplando una vez más mi máquina de escribir—. Por cierto, ¿a qué te dedicas?

—Escribo —contesté, observando su expresión simpática y risueña,

que al compararla con la de la muchacha inmóvil y como asustada que hallé bajo el aguacero me dejaba atónito. En el exterior la lluvia continuaba torrencial, golpeando con furia los cristales—. Ese es mi trabajo.

—¿En un periódico? —preguntó interesada, cubriéndose las piernas con el albornoz, alertada sin duda por el frío.

—No, no. Para una editorial. Soy novelista.

—Oh, novelista... —su sonrisa se amplió—. Eso es magnífico. Nunca creí que llegaría a conocer a un auténtico novelista. Un novelista de verdad, de carne y hueso.

No pude evitar una carcajada. Aquella reacción había provocado mi hilaridad. Debería estar acostumbrado a ella, pero no es así. Cada persona se comporta de diferente manera al enterarse de mi profesión: Unos abren mucho los ojos, admirados; otros, en cambio, me miran como a un bicho raro, preguntándose sin duda qué demonios tengo yo de especial.

Y esos últimos tienen toda la razón del mundo. No tengo absolutamente nada que me haga diferente a los demás. Ningún escritor lo tiene. Y los que crean que sí, están muy equivocados. Nuestro trabajo es tan respetable como cualquier otro, pero nada más.

Lo mismo sucede con los demás artistas. Como en todas las cosas, la única grandeza está en la cotización. Y yo precisamente, un novelista mediocre, no estaba lo que se dice muy cotizado. Aunque, claro, soy muy joven todavía...

—No tenemos nada especial, Carol —reí—. Absolutamente nada. Y yo menos que nadie. Soy solo un aprovechado. Me valgo de un don natural, que todos tenemos en mayor o menor grado: la imaginación. Y con ella espero llegar muy lejos.

—Estoy segura de que lo lograrás, Jack —asintió la joven, convencida realmente de sus palabras. Puso su mano, blanca, delicada, sobre la mía propia, dándome su calor. Y un dulce y agradable escalofrío recorrió mi espalda—. Solo hace falta ambición, deseos de luchar...

—Eso es lo que me digo cada noche —sonreí, de buen humor. Me sentía bien a su lado. Demasiado bien, para conocerla tan poco—. Pero no me convenzo a mí mismo.

Quedó en silencio unos instantes, apretando mi mano con ternura. Yo, mientras tanto, procuraba quitarle importancia a aquel hecho, sabedor de las malas consecuencias que podía acarrear.

—Yo creí que eso de ser escritor era solo un *hobby* —dijo de pronto, sin abandonar la sonrisa—, algo que se hace por amor al arte. Nunca pensé en ello como en un oficio ni nada parecido.

—Creo que todavía hay mucha gente que piensa eso, pequeña. Y en realidad antes era así. Pero ahora es un negocio. Todo el arte está comercializado. Y lo veo muy bien. Si no, ¿de qué viviríamos los que

dedicamos nuestra vida a ello?

—Sí, claro. Pero ¿se puede vivir de ello?

—Sí —asentí con lentitud—. A veces con algunos aprietos, eso sí, como los que estoy pasando ahora. Pero gracias a ti voy a salir de él. Si no te hubiera encontrado probablemente estaría todavía partiéndome los cuernos buscando un argumento.

—¿Y yo te lo he dado?

—Así es, aunque no lo supieras. Y no solo para una novela, sino para dos.

—Me alegro.

—El que se alegra soy yo —reí, cogiendo su mano para llevarla hasta mis labios y depositar allí un cálido beso. Ella me dejó hacer sin sobresaltarse, cerrando los ojos—. Ha sido maravilloso conocerte. Y espero que a partir de ahora, seamos grandes amigos.

—Ya lo somos, Jack. Pero sé lo que quieres decir. También yo me siento contenta por haberte conocido. Y eso que somos dos extraños.

—Eso tiene fácil arreglo —dije, soltando su mano para levantarme—. Poco a poco nos iremos conociendo mejor, si nos volvemos a ver, claro está. Por ahora, sería mejor que volvieses a tu casa. Tus padres deben estar preocupados.

—Sí, será mejor que me vaya —suspiró, poniéndose en pie—. Supongo que la ropa ya debe estar bastante seca.

No dije nada. Vi cómo se metía en el cuarto de baño, sin cerrar la puerta esta vez. Pero yo no me moví del sitio. Permanecí allí, esperando. Mirando hacia la ventana, al exterior, donde ya la lluvia caía débil, chispeante apenas.

Poco más tarde salía vestida de nuevo con sus *jeans* azulados, ceñidos a muslos y trasero como una segunda piel, y su camisa blanca, todavía algo mojada. Y salió con lentitud, con la mirada baja.

Se acercó a mí, quedando a pocos centímetros de mi torso. Acaricié sus cabellos con mi diestra. Sus dorados, brillantes cabellos. Y ella alzó los ojos, mirándome.

¿Qué demonios me pasaba?

—¿Volveremos a vernos?

Había pena en su voz, como si temiese una respuesta negativa que yo no podía darle. Pero yo temía que todo aquello fuese demasiado lejos. Ella era tan joven...

—Claro que sí —sonreí—. Te dedicaré esta novela. Iré personalmente a entregártela.

Carol cerró los ojos. Me dio la impresión de que sus labios temblaban.

—Quiero verte antes, Jack.

Apretó los dientes. Sí, yo también quería volver a verla. Lo deseaba. Su

simpatía, su inocencia, su sensibilidad... Toda ella me había cautivado.

Miré hacia la ventana. Llovía. Poco, muy poco, pero seguía lloviendo. Y nunca me alegré más al ver estrellarse las menudas gotitas en el cristal.

Fui hasta el *hall,* sin comentar nada. Allí estaban el impermeable marrón y el paraguas automático, colgados de sendos ganchos en un perchero. Cogí ambas cosas, para tendérselas a mí joven amiga.

—¡Llévatelos —ordené—! Todavía llueve y no quiero que te mojes. Me lo devolverás mañana...

Ella abrió mucho los ojos. Hubo un destello de felicidad en ellos, que solo vislumbré durante unos instantes. Y la sonrisa volvió a sus labios, a sus jóvenes y carnosos labios.

Cogió todo ello, poniéndose con rapidez el impermeable. El paraguas quedó en su mano. Su pulgar, muy cerca del botón que disparaba su mecanismo.

—Sí, vendré mañana a devolvértelo.

—¿Vives cerca de aquí?

—No, pero no debes preocuparte. Tomaré el primer taxi que encuentre en mi camino.

Cabeceé despacio asintiendo, y abrí la puerta con cuida do. Ella se acercó al umbral. Al otro lado todo era oscuridad. Apenas se veía la escalera.

—Procura no hacer ruido —avisé, en voz baja, muy cerca de su oído—. No quiero problemas con los vecinos.

—Lo comprendo —sonrió, dirigiendo la vista hacia más allá del umbral, para adaptarse a la oscuridad—. Adiós, Jack. Tal vez mañana lleguemos a conocernos mejor.

—Tal vez...

Titubeó antes de decidirse a salir. Pero al final lo hizo. Se sumergió en las espesas tinieblas, sin hacer el menor ruido, sin volver la vista atrás en ningún momento, para no volver a dudar.

Y yo, por fin, me quedé solo, pero con un extraño desasosiego. Empezaba a ver los inconvenientes de mi vida solitaria, metido siempre entre aquellas cuatro paredes. No me vendría mal aquello...

Ahora podría escribir tranquilo. Por lo menos hasta el día siguiente... Estaba cansado, pero no importaba. Todo estaba preparado para que yo continuase allí, luchando contra los folios en blanco, para rellenarlos. Así que volví de nuevo al *living,* a mí máquina, a mí novela recién comenzada...

* * *

Dormí poco aquella noche. Y las escasas horas que pude descansar lo hice en el sofá, con el despertador casi junto a mí oreja, protegido del frio

nocturno con una manta que apenas conseguía cubrirme.

Me pasé casi toda la noche trabajando, frente a la máquina de escribir. Pero valió la pena, pues el relato avanzó considerablemente, permitiéndome ganar tiempo. Y cosa rara, ningún vecino protestó. Tal vez no oyeron el ruido...

Cada folio era un reto, un obstáculo más que tenía que superar, con más o menos dificultades. Todo depende de la escena. Afortunadamente para mí, la acción tenía un papel preponderante a lo largo de toda la historia, cosa que facilitaba las cosas.

Así fui folio tras folio, trasladándome casi como por arte de magia a la América de finales del siglo pasado, recreándome en la violencia y humanidad de los hombres que forjaron con sudor y sangre la historia de Estados Unidos. Una historia de horror y muerte tenía lugar ante los fascinados ojos de mi imaginación, y se convertía en relato escrito por la habilidad de mis dedos, que tecleaban con rapidez, moviéndose sin descanso entre las letras negras de mi vieja y entrañable compañera.

Poco a poco, la novela fue adquiriendo peso y volumen. Las cuartillas mecanografiadas, amontonadas sobre la mesa, eran una alegría para mis ojos. Pero no por eso bajaba mi ritmo. Debía avanzar lo máximo posible.

Mientras, llegó el nuevo día. Y con él también llegó la luz hasta mi ventana. Sin embargo, no me di cuenta hasta que, cansado y bostezando ruidosamente, decidí tomar algo y descansar un rato.

Fue entonces cuando advertí que ya había amanecido. Toda Nueva York estaba envuelta en luz. Solo algunas nubes, recuerdo de la noche anterior, enturbiaban el horizonte.

La vida volvía a la ciudad más grande del mundo. Por la ventana pude ver cómo todo se llenaba de actividad con sorprendente rapidez. La Gran Manzana se convirtió en un gran hormiguero, llenas sus arterias de cemento por vehículos y personas, en un maremágnum enloquecedor.

Pero a mí no me importaba todo aquello. No era *mi* vida. Yo no formaba parte de aquel caos vertiginoso.

Me senté en el sofá, agotado. Tenía la cabeza como un balón de fútbol y necesitaba aquel descanso. Después, si me veía con ánimos, aunque lo más probable era que no me sintiese con fuerzas para seguir hasta la tarde. En todo caso, iba bastante adelantado, así que unas horas no influirían demasiado.

Eran las diez de la mañana cuando me decidí a leer lo que llevaba hasta el momento, para saber cómo encauzar el resto. Debía estar listo para cuando reanudase el ataque.

Pero apenas pude hojear los primeros folios, pues en ese momento sonó el timbre de la puerta. Su zumbido llegó hasta mí por dos veces y después quedó en silencio. Levanté la vista, intrigado. Y recordé...

No pude evitar una sonrisa, mientras dejaba el aún no acabado original sobre la pequeña mesita que tenía ante mí y me levantaba. Sabía perfectamente quién era.

Y no me equivoqué.

Al abrir la puerta, sin preguntar antes quién estaba al otro lado, me encontré los ojos azules más hermosos que he visto en mi vida, un rostro de muchacha pizpireta y desenvuelta, con la sempiterna sonrisa iluminándolo, unos cabellos rubios ondulados y rebeldes, no muy largos.

—Carol...

Vestía con sencillez, sin ninguna presunción. Y bajo el brazo llevaba un bulto de tela marrón —mi impermeable, sin duda— y el paraguas negro que la había prestado. Tras ella, una puerta se había abierto y la vecina que ocupaba aquel piso salió, probablemente a comprar algunas viandas, mirándonos con recelo mientras bajaba por las escaleras.

—¿Molesto? —preguntó Carol, la muchacha que conocí la noche anterior.

—Oh, no. En absoluto —me apresuré a negar, dejando el paso franco para que entrase, cerrando luego, cuando estuvo dentro—. Pasa... No te esperaba tan pronto.

Ella misma colocó las cosas que traía en el perchero, en el mismo lugar donde me vio colocarlas. Después se volvió hacia mí.

—¿Te he interrumpido, tal vez?

—Pues... sí, pero no era nada urgente. No estaba escribiendo en estos momentos. Ni tampoco pensaba hacerlo durante un buen rato.

—¿Qué tal va la novela?

—Viento en popa —reí—. Si sigo a este ritmo pasado mañana terminaré.

—¿Pasado mañana? ¿Tan pronto?

—Así es. Me he pasado toda la noche escribiendo para adelantar trabajo. Estoy agotado, pero vale la pena.

Carol arqueó una ceja, mirándome con más atención. Debió disgustarle mi estado, porque vi un mohín de enfado en sus labios. Pero no dijo nada. Después de todo aquello no era cosa suya. Y pronto volvió la sonrisa.

—Me alegro por ti —susurró—. Pero tampoco creo que sea necesario lo que has hecho. Necesitas un buen descanso.

La cogí del brazo y juntos caminamos hasta el *living*. Sus ojos se clavaron enseguida en los folios, y hacia ellos se dirigió. Los cogió con cuidado, los miró por encima... Pero no los leyó.

—Lo leeré más tarde —sonrió, dejándolos de nuevo en el mismo sitio —. Ahora quiero que vengas conmigo.

—¿Adónde? —me sorprendí, observándola con suma atención. Cada vez que la miraba me parecía más bonita.

La rubia adolescente se llevó el índice hasta los labios, recomendándome silencio. Había una extraña luz en su mirada.

—No preguntes —me ordenó melosa, con voz suave—. Es una sorpresa. Solo tienes que seguirme.

—Pero... —me froté el mentón, mi cara toda, sin afeitar desde un par de días atrás— ni siquiera me he afeitado. Y así no puedo salir. Yo...

Carol cerró los ojos, bajando la cabeza. Parecía dolida.

—Por favor.

No me atreví a negarle aquello. Y supongo que tampoco hubiera sido capaz de negarle nada, por mucho que me pi diera. Aquella criatura estaba comenzando a calar hondo en mi corazón. Más de lo que yo esperaba.

Todo lo demás podía irse al carajo: mi novela, las barreras sociales, las murmuraciones. Pero ella no. Ella no...

Tomé su rostro entre mis manos. Los dorados cabellos acariciaron con sus ondas mi piel, como olas de oro entre los duros riscos que eran mis dedos, y al hallarme con su cerúlea mirada se aclararon muchas dudas. Sabía, a ciencia cierta, que me estaba enamorando de ella...

—Te sigo —afirmé—. Llévame donde quieras...

* * *

Tardé bastante en saber cuál era el lugar donde íbamos. Y me sorprendí al advertir que nos esperaba un taxi en la puerta del edificio donde yo vivía. Pero la sorpresa fue en aumento cuando me di cuenta de que nos dirigíamos hacia el sur de Manhattan, hacia...

—Broadway.

Carol me miró, sonriente, y asintió. Pero nada más. Siguió silenciosa, mientras yo miraba en rededor los altos edificios, las ventanas donde se reflejaba la luz solar, auténticos espejos de plata salpicando los gigantescos *buildings* de acero y cemento.

No me sorprendía su majestuosidad. Conocía toda Manhattan como la palma de mi mano y estaba acostumbrado a todo ello. Pero seguía preguntándome qué hacíamos allí, rodando a buena velocidad por Lafayette Street.

Y poco más tarde lo supe, cuando nos paramos una vez pasado el cruce con Canal Street, y Carol bajó del taxi. Parecía evidente que allí se hallaba nuestro destino, así que la imité.

Al otro lado de la calle pude ver el edificio imponente del cuartel general del FBI Más allá, en East Broadway, se alzaban los catorce pisos llenos de rutilantes vidrieras de la jefatura de policía. No se podía pedir más seguridad en aquellas calles.

El taxi se alejó, tras pagar Carol al conductor. Y fue entonces cuando miré hacia atrás, al lugar donde nos encontrábamos, el edificio de cinco

plantas ante el que habíamos parado. Y al ver su entrada y el escudo multicolor que pendía sobre ella, comprendí.

Era un club deportivo, tal como rezaba en la entrada, frente a la insignia oficial del organismo. Y su nombre era precisamente Lafayette, cómo la calle donde estaba sito. Club Deportivo Lafayette.

—¿Es aquí?

Carol estaba esplendorosa. Parecía una estrella brillando en un mar de oscuridad, feliz como una niña.

—Sí —me miró. Toda la luz de la ciudad no encontraba parangón con sus ojos—. Me dijiste que nunca habías visto un combate de esgrima. Ahora tendrás la oportunidad.

Sonreí. Miré la insignia de la entidad deportiva, a franjas rojas y negras sobre un escudo de armas. Quizás aquello resultase interesante. Máxime cuando ya había pensado seriamente en escribir un relato sobre la esgrima, y necesitaría información...

Entramos en el edificio. Carol se pegó a mí, cogiendo con su propia mano mi diestra. Caminaba con mucha seguridad allí dentro. Estaba en su ambiente.

Había poca gente en la oficina. Y la mayoría nos miró al entrar. Algunos saludaron a mí joven compañera y ella devolvió el saludo con jovialidad, intercambiando algunas bromas, pero sin apartarse de mí.

—¿En qué deportes está especializado este club? —pregunté, mientras avanzábamos por los pasillos, después de subir unas escaleras—. Hasta ahora, ni siquiera sabía que existía.

—Lleva pocos años —fue la respuesta de Carol Manning—. Muy pocos años. Sin embargo está pegando fuerte. Gracias a mí hermana, ha conseguido tres veces la victoria en los campeonatos de esgrima de todo el estado. Y no solo eso. Tiene un equipo de rugby acariciando la división de honor este año. Empezó como eso: un club de rugby, pero ha subido en estos años. Y también tiene un equipo de natación.

—Ya veo. ¿Y llevas mucho tiempo aquí?

—Casi desde que empezó —suspiró Carol—. Era una niña cuando vine por primera vez aquí, hace unos cinco años. Pero mi hermana lleva más. Prácticamente desde que vinimos de Irlanda. Mi padre es uno de los directivos.

—Vaya —exclamé, socarrón—. Eso no me lo habías dicho. Pero debí haberlo imaginado.

—¿Por qué?

—Bueno, todo el mundo tiene a la esgrima como un de porte de élite, que solo unos pocos practican. Y, al parecer, es cierto.

—No, no lo es —negó con lentitud mi adolescente amiga, mientras seguíamos caminando, sin prisas—. En principio cualquiera puede

practicarlo. Lo que sucede es que tiene muy poca afición. No es un deporte como el rugby, que cautiva a las masas, que las hace enardecer. O como el fútbol en otros países, como mi Irlanda natal, Inglaterra, España, Italia... Es muy poca la gente que de verdad desea practicar la esgrima.

—Y dentro de esa minoría estás tú. ¿Por qué? ¿Qué tiene la esgrima de especial, que suspiras por ella?

—Tú mismo lo verás.

Llegamos a una estancia determinada, dentro del local. Una sala de entrenamiento, sin duda. Y dentro de ella se escuchaban voces y choques de metal contra metal, en furiosa pugna.

—Espérame aquí —me dijo Carol, separándose de mí—. Debo cambiarme. No tardaré nada.

Asentí. Carol se marchó, desapareciendo por otra puerta. El tintineo del metal era continuo. A veces más fuerte, más furibundo. Otras, más tranquilo.

Empujé la puerta, muy despacio, sin ruidos. Alguien, una voz de hombre, impartía órdenes como: «Ataca... ¡Ataca!», «Baja la guardia», «Avanza... Despacio, tranquilo...» No cabía la menor duda de que era el instructor.

A medida que la puerta se abría, paredes blancas, limpísimas, quedaban ante mis ojos. Paredes que formaban aquella gran estancia, donde hombres y mujeres demostraban su destreza con la espada, y amplios ventanales por dónde entraba la luz, quebrándose en los relampagueantes floretes y en los brillantes blasones que adornaban la estancia. Dentro había una docena de personas. Diez de ellas, vestidas con los ceñidos e impolutos, blanquísimos atuendos de esgrimistas, se enfrentaban, hombres contra hombres y mujeres contra mujeres —en proporción de seis a cuatro—, entrechocando sus aceros. El instructor, ataviado como uno más, pero sin la máscara que protege sus rostros, lo contemplaba todo, corrigiendo de vez en cuando los fallos.

Y todavía había otra persona más. Un hombre, que también observaba a los espadachines, muy interesado al parecer.

Permanecí allí sin entrar, mirando tan solo. No deseaba interrumpir. Lo único que quería era ver los zigzagueos luminosos que trazaban los floretes en su continuo entrechocar, los movimientos elásticos y felinos de los esgrimistas, avanzando para el ataque, retrocediendo para no ser alcanzados por el contrario, siempre caminando por una franja oscura pintada en el suelo, de la que no podían salir en modo alguno.

Sin duda era hermoso aquel deporte. Y más interesante que otros. La caballerosidad, el respeto al contrario era más importante que la lucha en sí. Aunque más que lucha, yo lo llamaría competición, pues en la esgrima no se lucha, se compite. El fin que persigue no es derrotar al contrario, sino ser

mejor, más hábil y diestro que este. Y eso se demuestra poniendo lo mejor de su técnica, de su destreza, para superar al otro y alcanzarle, manteniendo siempre la mente fría y lúcida.

Pero lo más importante es que no se daña al contrario. La deportividad impera sobre cualquier otra cosa y todo está preparado para que sea un deporte noble, sin peligro para los contrincantes.

Tal vez haya quien crea que puede ser peligroso, pues usan espadas. Pero no es así. Los floretes son especiales. No pueden penetrar en los trajes de los combatientes. Y por si eso fuera poco, el cuidado es una norma general para todos ellos.

No sucede lo mismo con el boxeo, o con deportes más modernos de combate como el karate, el *full*-contact o la lucha libre, donde la violencia es algo que al parecer nadie puede evitar, donde el Knock Out no provoca horror, miedo por el caído, sino júbilo, pues el que queda en pie es el vencedor.

Sí, era posible que Carol tuviese razón al amar aquel deporte...

CAPÍTULO IV

Todo eso pasó por mí cerebro mientras contemplaba las evoluciones de los esgrimistas en la sala de entrenamientos. Y aunque no entendía mucho de esas cosas, supe enseguida que todos ellos, hombres y mujeres que cruzaban sus floretes en aquellos momentos, tenían mucha experiencia. No eran simples *amateurs* aprendiendo a manejar la espada. Formaban parte de un equipo profesional que aspiraba a ganar campeonatos y, por tanto, debían tener calidad. Mucha calidad...

Estaba absorto en lo que veía. Y mis oídos solo acertaban a escuchar los choques de los floretes. Por eso no oí pasos detrás de mí. O quizá la persona que estaba a mí espalda caminaba con sigilo, sin ruidos.

Una mano se apoyó en mi hombro, acariciándome casi. No hacía falta volver la cabeza para saber quién era, pero yo lo hice. Y vi a Carol junto a mí, ataviada como un esgrimista, ceñido el blanco tejido a su bonito cuerpo como una segunda piel.

La miré con atención, admirado. Estaba bellísima. Todas sus curvas de mujer y llena de vida quedaban perfectamente silueteadas por el ajustado traje. En la cintura, rodeando perfectamente su talle, un pañuelo de seda rojo hacía de cinturón, con los bordes cayendo a lo largo de su cadera izquierda.

Llevaba la máscara de finísima rejilla bajo el brazo. Y un florete en la diestra.

—¿Qué tal estoy?

—Preciosa —admití, cogiendo sus redondeados hombros—. No te pareces en nada a la muchacha que ayer encontré bajo la lluvia.

—Es que ahora soy... tan feliz...

—Carol...

Rodeé su cintura con mis brazos, atrayéndola hacia mí. Sentí sus pechos de adolescente, duros pero abrasadores, contra mi propio torso. Pero no pude continuar. Ella cortó en seco mi impetuoso lance, colocando ante su rostro la máscara de protección.

—No. Jack —oí su risa contenida, casi como un murmullo tras la negra rejilla que me hacía imposible ver su risueña faz—. No seas tan impulsivo... Me están esperando.

Suspiré, dejándola libre al mismo tiempo. Quizá era mejor así después de todo. Era demasiado pronto aún para intimar con ella, que muy posiblemente conservaba todavía la flor de su inocencia.

Se despojó de la máscara, mostrándome su gesto divertido y pícaro, sin

el menor asomo de enfado por mí comportamiento. Y seguidamente me cogió del brazo, para entrar en la sala.

En ese momento todos se hallaban en un pequeño descanso. Y al irrumpir ambos en la sala todas las miradas se posaron sobre nosotros, interesadas. Sobre todo la del entrenador, algo inquisitiva.

—Vaya, Carol —hubo algo de sarcasmo en su tono al acercarse—. Ya creíamos que hoy no vendrías.

—Pues os equivocáis —replicó la muchacha, alzando el florete—. Aquí estoy. Solo tuve un pequeño retraso.

La mirada del entrenador se clavó esta vez en mí, escrutadora. No parecía muy feliz al verme.

—Ya veo —gruñó—. Todo el mundo hoy parece querer que tengamos espectadores. Bien, puede quedarse... mientras no interrumpa, claro está.

—No se preocupe —comenté, algo seco—. Molestar no es precisamente mi especialidad, así que pueden estar tranquilos.

—Eso espero.

Se marchó, regresando donde le esperaban los muchachos del club, preparados de nuevo para comenzar la lucha. Carol se alzó de puntillas, para acercarse a mí oído.

—Fíjate bien —me susurró—. Voy a entrenarme con mi hermana. Sé que voy a perder, pero no importa. Quiero que veas cómo maneja el florete.

Y sin decir más se caló la máscara, ocultando sus facciones tras la negra rejilla que debía proteger su rostro, alejándose hacia un lugar determinado de la sala. Con paso mesurado la seguí. Tenía interés en conocer a su hermana, la campeona Wanda Manning que ella tanto admiraba.

En las paredes centelleaban los blasones, las afiladas espadas, cruzadas sobre los escudos como panoplias, al recibir la claridad del día sobre el bruñido metal.

Mis ojos tropezaron entonces con un espléndido cuerpo de mujer, armonioso y perfecto, enfundado totalmente de blanco, que esperaba, con la punta de su espadín apoyada en el suelo, la llegada de su oponente, frente a la oscura banda pintada en el suelo. Su rostro tras la máscara era un enigma para mí, unas líneas inconcretas que nada me decían. Solo sus cabellos, largos y platinados, quedaban libres para poder contemplarlos, como su cuerpo todo esbelto como el de una sílfide.

Ambas mujeres quedaron a la misma altura y hablaron entre sí durante un brevísimo instante, para mirarme después. No sabía exactamente de qué hablaban, pero podría jurar que era sobre mí, cosa que siempre satisface nuestro ego, nos moleste o no.

Las dos eran muy parecidas en cuanto a fisonomía. Tal vez unos centímetros más alta Wanda. Pero muy pocos.

Se pusieron sobre la banda oscura, una frente a la otra, e inclinaron sus cabezas en señal de saludo. Y yo me detuve allí mismo frente a ellas, los brazos cruzados, fija mi mirada en las dos hermanas. Estaba dispuesto a observar cada mínimo detalle, cada gesto...

Eran diestras las dos. Los floretes estaban en la mano derecha de cada una, entre los férreos dedos que sujetaban sus empuñaduras. Dedos que, en el caso de Carol, eran tan afilados como cualquiera de las espadas que pendían de los blasones. Yo lo sabía mejor que nadie.

Aunque me había quitado el apósito, los zarpazos seguían como señales indelebles sobre mis mejillas.

El estruendo allí dentro era verdaderamente enloquecedor. Las espadas chocaban una y otra vez sin descanso, buscando el pecho del adversario. Pero de repente todo quedó en silencio, tras una potente orden del entrenador. Este, como yo mismo y como el desconocido personaje que estaba allí, miraba a las hermanas Manning y no quería ruido de fondo.

Se acercó. Las dos mujeres en ese momento volvían a saludarse con las espadas. Los floretes tocaron el suelo con sus puntas, para después alzarse hasta los protegidos rostros y tocar con sus hojas las máscaras.

—*En gard!* —gritó entonces el entrenador, en francés.

Las espadas se cruzaron, a media altura. La pierna derecha de ambas se adelantó, flexionadas, tensas como arcos. La mano izquierda, mientras tanto, inútil en la contienda, se apoyaba en sus caderas.

De pronto la espada se había convertido en parte de ellas. Parecían fundidas a sus manos, moviéndose casi con voluntad propia, con solo unos giros de muñeca, sin moverse el brazo adelantado para nada. Y el resultado fue un choque suave, de prueba, entre ambas espadas, con débil tintineo.

Era un cálculo de fuerzas, de posibilidades. Y también de debilidades. En cualquier fracción de segundo, cuando alguna de ellas descuidase la guardia, se produciría el ataque.

Carol no tardó en darme la razón. Viendo quizá una posibilidad se lanzó en tromba, adelantándose con rapidez, atacando como una auténtica centella, siempre con la pierna derecha adelantada y flexionada. Y su hermana, Wanda, tuvo que retroceder unos pasos, parando con su propio acero cada estocada, sin errores, como si supiese de antemano cuál sería el vertiginoso movimiento del florete, que yo apenas veía. Era una exhalación de plata, que ella detenía sin dificultades.

Había armonía, delicadeza, en todo aquello. En cada ataque, en cada parada... En todos y cada uno de los movimientos, elásticos y felinos, casi elegantes, de aquellas mujeres. Era algo que yo jamás vi en ningún otro deporte. Tal vez era una exclusiva de la esgrima.

Viéndolas combatir, con los músculos tirantes como flejes de acero bajo la blancura inmaculada de sus trajes, con las espadas convertidas en

brillantes relámpagos casi imposibles de seguir, con los rostros inescrutables bajo sus máscaras, uno solo podía admirarlas. Y yo, de verdad, las admiré durante aquellos minutos. Lo merecían.

Seguían los ataques, las paradas... Destellaban casi de forma increíble los espadines en sus manos. Y yo cada vez me sentía más embelesado ante la magia de todo aquello que parecía envolverme.

Parecían muy igualadas. Pero era solo un engaño. Pronto se hizo patente la superioridad de Wanda Manning, cuando tras retroceder, fintando y bloqueando algunas estocadas de su hermana, pasó al contraataque, como un huracán.

Y, como ya me avisara antes, Carol fue derrotada. Apenas pudo resistir el avance decidido de su hermana mayor. Tuvo que retroceder a la fuerza, para detenerse justo donde acababa la banda que pisaba, intentando en vano eludir el fino acero adversario que, después de flexionar Wanda aún más su pierna derecha y estirar totalmente su brazo, rompiendo la guardia de su hermana, alcanzó su seno izquierdo, a la altura del corazón.

—*Touchée!* —rio Wanda, sin retirar la punta de su acero del seno de su hermana—. Te he alcanzado, Carol...

También Carol rio. Y entonces Wanda apartó el florete, poniéndose en pie, haciéndolo silbar en el aire con secos tajos a un enemigo invisible.

—Cada vez te acercas más —silbó entre risas la mujer—. Dentro de poco podrás tocarme. Estoy segura.

—Yo también.

Carol se quitó la máscara y agitó sus ondulados cabellos al aire, resoplando. Hubo entonces algunos aplausos entre sus compañeros de equipo, como recompensa para su valor. Y la muchacha lo agradeció con su sonrisa.

El entrenador apoyó la diestra en su hombro.

—Carol, lo has hecho muy bien —reconoció el hombre, sonriente—. Si sigues así pensaré en ti para los próximos campeonatos.

—¿De verdad? —jadeó ella, ilusionada—. ¿Hablas en serio?

—Naturalmente.

Sonreí, contento por ella. Carol me miró, más contenta que unas pascuas. Y lo mismo hizo su hermana, todavía oculto su rostro tras el protector facial.

—Bien, muchachos —alzó la voz el entrenador—. Por hoy ya está bien. Quedáis libres para hacer lo que os venga en gana.

Hubo sonrisas irónicas ante aquel comentario. Pero después todos se pusieron a charlar animadamente con las más caras bajo el brazo, abandonando la sala como el propio entrenador, que salió junto a ellos como uno más, hablando con todos.

Fue entonces cuando Wanda Manning se despojó de aquella horrenda

máscara, dejando revueltos los platinados cabellos, que centellearon a la luz. Y me fue posible ver por vez primera el óvalo perfecto de su rostro; la frente despejada, perlada de sudor en esos instantes; las cejas, finas y arqueadas, trazos de oro puro sobre unos ojos tan negros como el azabache: la nariz, como cincelada por un escultor griego, y los labios muy rojos, con un leve toque de carmín... No tenía la mirada profunda y enigmática de su hermana, pero no cabía tampoco la menor duda acerca de su belleza. Y lucía una sonrisa encantadora, curvadas tan solo las comisuras de sus labios.

Calculé, a ojo, que tendría tres o cuatro años más que su hermana. O sea, un par de años menos que yo.

—Ella es Wanda —señaló Carol a su hermana primogénita, la platinada belleza que tenía a su lado y que me miraba con simpatía, extrañada sin duda por mí aspecto. Y no era de extrañar. Iba sin afeitar, con marcas todavía recientes de arañazos en la cara... ¿Cuál sería su primera impresión sobre mí, una vez visto eso? —Ya has visto cómo lucha. ¿Qué te ha parecido?

—Magnífico —me sinceré sonriente, sin apartar mis ojos de Wanda—. Realmente magnifico. He quedado fascinado con lo que he visto. Nunca creí que la esgrima tuviera tanto encanto.

Carol se volvió hacia su hermana.

—Bien, él ya te conoce. Ahora tú debes conocerle a él. Se llama Jack Pearce y se ha convertido en mi amigo de la noche a la mañana. Le conocí ayer.

—¿Ayer? —se extrañó ella, estrechando mi mano con auténtico calor. Después, sonrió más ampliamente, mirando con ironía a su hermana—. Entiendo. Por la noche, ¿verdad? Por eso volviste tarde a casa...

Carol enrojeció hasta la raíz de sus dorados cabellos y bajó la cabeza, turbada por las sospechas latentes en los labios de su hermana, que a pesar de eso no parecía reprochar la nada.

—Pues... sí...

—No te preocupes —rio Wanda—. Yo no soy quién para decirte nada. Un día u otro tenía que ser... Me alegro de que haya sido con alguien tan guapo como él.

—Un momento —la interrumpí, sin dejar la sonrisa, aunque parecía a punto de borrarse de mi rostro—. Me parece que está sacando conclusiones precipitadas, *miss*... Anoche. Carol y yo nos conocimos. Nada más.

Wanda me miró. Tal vez para encontrar en mi lacerado rostro la auténtica verdad. Aunque, como muy bien dijo antes, a ella ni le iba ni le venía.

—Estos arañazos no tienen nada que ver con su hermana —mentí, pues no quería problemas, ni malos entendidos—. Absolutamente nada.

—Ah —sonrió aún más la campeona de esgrima, apoyándose en el florete—. Entonces perdone mis malos pensamientos. Pero de todas formas, sea lo que fuere que hubiese pasado, no era de mi incumbencia. Mi hermana es libre de hacer lo que le venga en gana.

—Me alegro de que piense así —también mi sonrisa se amplió—. No solo sabe manejar bien la espada, también es inteligente y razonable, cualidades harto valiosas. Sobre todo sí, además, se sazonan con simpatía, carácter y... belleza.

—Vaya —se asombró Wanda—, su lengua es más hábil que mi florete.

—¿Ves? —terció Carol, riendo—. Te lo dije: es encantador.

De pronto dejó de reír, ensombreciéndose su gesto como por ensalmo. La miré preocupado. Y después seguí la línea de su propia mirada, que estaba clavada en una persona determinada, que se dirigía hacia donde nos hallábamos.

Le reconocí como el personaje que, como yo, había asistido al entrenamiento. Era mayor que cualquiera de nosotros. Unos treinta y tantos años, por su aspecto. Puede que más. Pero no me era mal parecido. Y además su estatura oscilaría por el metro ochenta. Vestía con elegancia, como cualquiera que viviese por aquellos lares.

Sonreía. Pero la suya era la sonrisa de una hiena. No sabría decir por qué me pareció así. En realidad no había motivo, pero enseguida le comparé con eso, con una hiena. A riesgo de equivocarme, claro.

—Wanda...

La aludida se volvió al oír la voz ronca de aquel individuo. Y, cosa extraña, también sonrió cuando le vio. Su gesto fue de infinita alegría.

—Nathan... Oh, perdóneme, cariño. Me había olvidado.

Hizo un gesto, quitándole importancia a lo sucedido.

—Vámonos —se impacientó, pero sin alterarse lo más mínimo—. Es tarde...

—Sí, ya voy.

Se dispuso a alejarse. Pero antes se volvió y me miró.

—Encantada de haberle conocido —dijo—. Otro día tendremos ocasión de hablar sin tanta prisa. Ahora debo cambiarme y marchar, pero nos volveremos a ver, señor... Pearce. Adiós, hermana.

—Adiós.

Permanecí en silencio, mientras la esgrimista daba la vuelta y se marchaba, colgada del brazo de su acompañante, hacia los vestuarios primero, quién sabe dónde después. Miré entonces a la joven Carol. Continuaba seria, ceñuda incluso, sumergida en sus pensamientos.

Estábamos solos. Ya no quedaba nadie allí dentro, salvo nosotros dos. Ella, maravillosa con su ceñido atavío blanco y el pañuelo rojo anudado a su estrecha cintura, con la espada y la máscara sujetas en la diestra. Yo,

maravillado como pocas veces en mi vida.

La así por los hombros, volviéndola hacia mí. Ella me miró con cierta tristeza. No sabía la razón. No sabía absolutamente nada, salvo una cosa: que sus ojos, sus enormes ojos azules, me tenían prisionero.

—¿Sucede algo?

—No —negó débilmente, sin mucha convicción—. Nada.

Otro misterio en ella. Sus cambios de humor me desconcertaban, me sorprendían cada vez más. No lograba entender lo que pasaba. Pero no insistí.

—¿Quién era?

Me contempló, sin entender.

—¿Quién?

—Ese hombre. El que se ha marchado con tu hermana.

Una mueca apareció en sus labios. ¿De asco, quizá? Era posible.

—¿Eh? —estuvo a punto de reír—. Nathaniel Dobbs, industrial, millonario, accionista mayoritario de la empresa automovilística cuyo presidente es mi padre y, por añadidura, su socio. *Play boy,* aventurero, rompecorazones... Por lo que dicen de él, cada día se acuesta con una chica diferente. Esta noche seguramente será mi hermana, que está loquita por sus huesos.

—Un tipo interesante —me froté el mentón—. Sí, señor, muy interesante.

—¿Tú crees?

Su sonrisa era irónica. Y eso no era muy común en ella.

—No te gusta, ¿verdad?

—Claro que no —rechazó ella, con un mohín de desprecio—. Es un cerdo. Esta noche llenará de ilusiones a mí hermana, como sin duda ya lo ha hecho durante otras noches, desde que va con él. Pero cuando se harte de su cuerpo la dejará y buscará otra que le satisfaga. Asedió a mí hermana hasta conseguirla. Ahora me asedia a mí desde unos días. Pero a mí no me tendrá.

—¿Tú crees? —ironicé yo también—. Es atractivo, alto, millonario... Tiene todo lo que una chica podría desear, aunque sea solo para unos días.

—Mi virginidad es demasiado preciosa para perderla con él —silabeó ella, mirándome con cierto reproche—. Jamás me entregaría a un hombre como Nathaniel Dobbs, por muy atractivo y millonario que sea. Yo pido otra cosa.

—¿Qué cosa?

Sus ojos se clavaron, como imantados, en los míos. No hacía falta respuesta alguna, pues su mirada lo decía todo; pero aun así me la dio. Solo una palabra. Una, nada más, que vibró en sus labios como escapada directamente del alma. Un susurro apenas en mis oídos, pero que conmovió

hasta lo más hondo de mi ser.

—Amor.

—¿Solo eso?

—Sí, solo eso —asintió la joven Carol—. ¿Hace falta algo más?

—No, no creo que haga falta nada más —suspiré—. El amor es suficiente. Es lo único que importa.

—¿De verdad piensas eso? Hace un momento no parecías defender esa teoría.

—Era solo una broma —sonreí—. Jamás he pensado así.

En realidad era una prueba para conocerte mejor. Me habrías decepcionado, de ser otra tu respuesta. Pero sabía en mi interior que me contestarías eso.

Volvió a sonreír, convencida por mí respuesta. Y se apartó de mi lado, alejándose unos pasos. Sus manos se deslizaron hacia su cadera, hacia el nudo del pañuelo rojo, que procedió a desatar con presteza.

La dejé hacer, curioso. Una vez desatado, hizo una bola con el pañuelo... y me la tiró, directa a la cara. No podía hacerme daño, desde luego. Pero instintivamente la bloqueé en el aire con mi diestra, rememorando mi infancia, los partidos de *baseball* en los callejones del West Side... Recuerdos inolvidables, no muy lejanos en el tiempo, pero sí en mi memoria. Recuerdos de una infancia pasada en los muelles de Manhattan, entre cargas y descargas que iban o veían por el río Hudson, entre fantasías más o menos absurdas, espoleadas por los *cómics* que solía leer con avidez, a escondidas muchas veces: Superman, Doc Savage. *The Avengers...* Héroes de papel rodeados de fantasía. Probablemente ahí estuvo el principio de todo. Dibujar... no se me daba mal, pero no me veía a mí mismo delante de un tablero horas y horas. Y deseaba vivir de mi imaginación, con mi imaginación.

Carol rio en ese momento, sacándome de mis ensoñaciones. Me vi con el pañuelo rojo en la mano, entre mis dedos.

—Tienes ganas de jugar, ¿eh?

Ella retrocedió, riendo siempre, negando con la cabeza, agitando las ondas doradas de su pelo.

—¡No! —contestó parándose, enarbolando el florete ante mi avance—. Tengo que cambiarme ahora... o nos echarán de aquí. *Vade retro...*

—Está bien —me resigné, sin soltar el pañuelo, que continuaba apresado entre mis dedos—. Lo que quieras. Cámbiate.

No hizo falta que lo repitiese. Salió corriendo hacia los vestuarios, dejándome solo en la sala de entrenamiento para la esgrima. Su bonita figura de adolescente se perdió tras el umbral, sumiéndome a mí en el silencio.

Sacudí el pañuelo en el aire para que adquiriese su forma primitiva. Era

seda, como aprecié desde un principio. Un gran rectángulo de seda roja, sencillo, sin bordados, que hasta aquel momento había ceñido el talle de Carol durante el entrenamiento. Sin darme cuenta jugueteé con él, enredándolo en mis manos, mientras esperaba el regreso de la joven.

Miré en rededor. Eran docenas los escudos de armas, con sus respectivas espadas, que adornaban las paredes, brillando a la potente luz del mediodía. Y había toda clase de espadas. Desde los grandes y pesados mandobles del Medioevo europeo, magnificas tizonas de otro tiempo más salvaje y oscurantista, hasta un par de bellísimas espadas de fina y afilada hoja, con la empuñadura adaptada para cubrir la mano.

Más que un lugar de entrenamiento, parecía un muestrario para venta de panoplias.

Me acerqué después a una de las ventanas, para ver lo que había al otro lado del edificio. Unos fornidos muchachos hacían ejercicios al lado mismo de las instalaciones, muy cerca de un modesto campo de rugby, con espacio para unas quinientas localidades. Demasiado pequeño para un equipo de Segunda División.

No me interesaba aquello, así que me volví. Continuaba pensando en Carol, en su belleza, en su juventud... Me decía a mí mismo que era demasiado pronto para haberme enamorado de aquella chiquilla, que no podía ser que sería una ilusión tan solo. Pero no me convencía.

Tal vez solo la deseaba. Era hermosa... y virgen. Podía despertar la libido en cualquiera.

Pero, si era así, ¿por qué me derretía cada vez que me miraba? Era algo que nunca antes me había pasado con las mujeres.

Caminé hasta la puerta pensativo, sin soltar en ningún momento el pañuelo rojo, y salí de aquel lugar, para esperar ante la entrada, en el corredor. Y sin poder evitarlo miré la puerta de los vestuarios, pocos metros más allá.

No tuve que estar allí mucho tiempo. Carol salió enseguida, totalmente cambiada ya. Fui hasta ella, tranquilo, como siempre. Carol no sonreía esta vez, pero tampoco estaba ceñuda. Solo me miraba.

—Esto es tuyo —alegué, tendiéndola su pañuelo. Pero Carol no lo cogió.

—No, Jack. Ahora es tuyo. Tenlo siempre contigo. Así, cuando yo no esté cerca podrás tenerme siempre presente en tu pensamiento. Y estaremos siempre juntos, aun cuando estemos separados. Yo... siempre te tendré en mi corazón.

—Carol... Muchacha...

—¿Me quieres, Jack? —temblaba su voz—. ¿Me quieres?

—Sí, te quiero —no dudé ni un solo instante en la respuesta—. Es una locura. Lo sé, pero...

—Oh, Jack —se abrazó a mí—. Jack, yo también te amo. Con locura, como nunca quise a nadie.

—Carol...

Busqué su boca con desesperación, besándola con todo el fuego de mi pasión. Y ella hizo otro tanto, olvidándose de su virginidad, de su edad, de todas las cosas que parecían separarnos, mordisqueando incluso mis labios sin darse cuenta, obnubilados nuestros pensamientos.

Y entonces, en un momento, todo cambió. Se deshizo el hechizo que nos unía, en cuestión de segundos. Pero no porque nadie nos interrumpiera. Estábamos absoluta, totalmente solos. No, fue... por la propia Carol.

Pareció darse cuenta de lo que estaba haciendo, de pronto, sin previo aviso. No entiendo cómo pudo pasar. Y reaccionó del modo más inesperado, gimiendo algo ininteligible, poniendo todas sus fuerzas de mujer joven y deportista para librarse de mi abrazo. Me empujó con violencia, haciéndome retroceder unos pasos.

La miré sorprendido. ¿Qué mierdas pasaba ahora? Lloraba, sacudida por violentos sollozos.

—No, Jack, no... Por favor, déjame.

Y se alejó corriendo, llorando. Yo, anonadado, sin comprender absolutamente nada, con la mente hecha un lio, ni siquiera pensé en ir tras ella.

CAPÍTULO V

No sé bien cómo pudo suceder. Y es lógico. Yo no estaba allí para verlo.

Solo puedo imaginar. Y supongo que no me alejaría demasiado de la realidad. Puede que algunas cosas fueran diferentes. Pero estoy seguro de que la esencia misma de los acontecimientos me da la razón.

Para algo debía servirme hacer tantas novelas policiacas...

Sin embargo, aquello no era una novela. Sucedía, sin que yo entonces pudiera pensar siquiera que de verdad todo aquello ocurría.

¿Cómo yo, un autor de segunda, podía sospechar tan solo...? Era imposible. Y, sin embargo, mientras yo, enamorado como un idiota, suspiraba por aquella muchacha, los odios se desataban en otra parte de la ciudad.

Supongo que Nathaniel Dobbs no tenía culpa de ser como era. Sencillamente, quería lo que buscamos todos: ser feliz. Y lo conseguía, aunque para ello emplease métodos que a otros les repugnasen.

Sin duda en aquel momento estaría sentado en su sillón favorito. Todo el mundo, después de todo, tiene un sillón favorito. Incluso yo... Imagínense él, con tantos como debía tener.

Y supongo que antes habría recibido una llamada sugestiva. No quiero ni pensar en quién le llamó. Aunque, con los que después llegué a saber, no era difícil de adivinar.

Carol...

Es solo una suposición, naturalmente. Pero creo que esa es la verdad. Y seguro que el señor Dobbs estaba muy contento.

Primero, su hermana... Después, aquella muchacha de exquisita pureza. Un *play-boy* como él sabía donde estaba lo bueno, maldito sea.

La esperaba con la mínima ropa imprescindible. No querría desaprovechar una oportunidad como aquella. Mujeres como Carol, dispuestas a entregarse de aquel modo, ya no abundan tanto como debieran...

Por eso, cuando sonó el timbre de la puerta, lo primero que debió aparecer en sus labios fue una sonrisa irónica, de anticipado placer. Y caminó despacio hacia allí, seguro de sí mismo, ajustando el nudo de su bata.

Abrió. Y la sonrisa todavía cruzada su cara...

Pero aquella sonrisa se ahogó en sangre. La muerte vino hacia él, más veloz de lo que jamás pudo soñar, destellando como la plata, hundiéndose

en su estómago con espantosa facilidad.

Y, después, nada...

CAPÍTULO VI

Sucedió durante la noche siguiente.

No había visto a Carol en todo el día. Y eso me preocupaba. Sobre todo teniendo en cuenta que no sabía dónde vivía. De vez en cuando, nervioso, furioso incluso conmigo mismo, cogía el pañuelo rojo que ella me diera para evocar su rostro risueño, su mirada bucólica y profunda, sus bucles de oro... Y eso me hacía sonreír con cierta tristeza.

Si alguno de los amigos que todavía conservaba de la infancia me hubiese visto en aquellos momentos, no lo creería. Estoy seguro. Jack Pearce, el fanfarrón y siempre alegre Jack, convertido en un romántico decimonónico por una menor, por una extraña muchacha de Broadway, cuya pasión era la esgrima y que admiraba a su hermana más que a nada en el mundo. Sin duda me hubiera tomado por chiflado.

Estaba seguro de que volvería a verla. Nuestro amor no podía morir apenas nacido. No podía... No ahora, que sabía cuáles eran sus sentimientos hacia mí.

Debía verla de nuevo.

Por lo menos mi novela iba bien. Todo lo sucedido había exacerbado a mí Musa particular, que me obligaba a ir a una velocidad desenfrenada. Estaba a punto de acabarla, en solo tres días. Pero todavía me quedaban algunos folios, con las últimas escenas. Lo más fácil. Las últimas escenas siempre son las más fáciles a la hora de relatarlas.

Pero por el momento era mejor descansar un rato, dejar de lado todo aquello durante algunos minutos, para relajarme. Tenía los músculos agarrotados, la espalda dolorida... Pensé en ese momento que no me haría ningún mal un poco de ejercicio. En Central Park, tal vez. Sí, a la mañana siguiente, ya terminada la novela, podría ir allí y emular a los *joggers* durante unas horas, atravesando el parque. Debía tomar una decisión sobre eso. Y cuanto antes, si no quería convertirme, en plena juventud, en una bola de sebo.

«Iré... —me convencí a mí mismo, mientras tomaba un zumo de frutas que yo mismo había preparado—. Mañana, a Central Park... Después, iré a la editorial».

Estaba decidido. Mi propio cuerpo es algo que siempre me ha preocupado sobremanera. Y ahora más que nunca, teniendo que estar tantas horas sentado ante una máquina de escribir.

Suspiré. Eso sería mañana. Pero antes debía acabar el relato, llegar al inevitable FIN cuanto antes. Así que me dispuse a continuar.

Ya era de noche. Solo las farolas iluminaban las calles. Y necesitaba de la luz eléctrica para poder ver lo que escribía. Por fortuna aquella noche no llovía. Era muy diferente a la de dos días antes.

Entonces sonó el timbre de la puerta, sobresaltándome. Y no fue una sola, sino varias las veces que sonó, y con fuerza, con desesperación casi. Hubiera podido crispar mis nervios con su continuo zumbido, si yo no hubiera intuido entonces...

Me dirigí veloz hacia la puerta, temiendo algo, no sabía bien el qué. El estruendoso zumbido se clavaba en mi mente como un presagio.

No me entretuve en preguntar quién era. De algún modo lo sabía. Y no me llevé ninguna sorpresa cuando, al abrir, Carol Manning se precipitó en mis brazos.

Temblaba, como la vez primera que la vi. Pero en esta ocasión su cuerpo no estaba empapado. Y lloraba, pegado su rostro en mi pecho. Parecía víctima de un ataque de nervios, al borde del histerismo.

—Jack... Jack... —sollozó, desesperada—. Por favor, no me eches. No me eches. Déjame estar contigo...

Cerré la puerta de una patada. Acaricié sus cabellos.

—No, criatura —traté de tranquilizarla, estrechándola contra mí para darle confianza—. No llores. Tú no... No podría resistirlo. Nadie te va a echar, pequeña. Nadie...

Cogí su rostro entre mis manos. Sus uñas se clavaban en mi espiada, como auténticas garras. Unas lágrimas rodaban por sus mejillas, saliendo por las sedosas pestañas de sus ojos cerrados.

Aplasté mi mejilla contra la suya, rechinando los dientes. No soportaba verla así. No podía soportarlo... Mi corazón se llenaba de rabia. Hacia mí. Hacia todo. Y, al mismo tiempo, de una ternura infinita.

—Dios mío, Carol —la abracé como si en ello me fuera la vida. Y quizá se me iba, sin yo saberlo—. ¿Qué te ha pasado?

Ella se relajó entre mis brazos. Sus dedos acariciaron mi rostro, mientras oía su respiración entrecortada junto a mí oreja. Sus mejillas estaban muy frías como si el calor hubiese huido de ellas.

La llevé en volandas hasta el sofá, siempre abrazada a mí, sin dejar de llorar pero más tranquila. Y una vez allí me fue imposible separarme de ella. Se aferraba a mí como si yo fuera la vida para ella.

—¿Qué te ha sucedido, muchacha? ¿Qué te ha pasado?

Sus dedos se hundieron en mis cabellos, acariciándome. Y me hallé con sus labios, temblorosos y anhelantes, pegados como una dulce ventosa a los míos, su lengua abriéndose paso entre mis dientes, buscando la mía, que no tardó en encontrar.

—No preguntes, Jack —susurró, hipando, clavados sus ojos, muy húmedos, en los míos. Nuestros labios se rozaban, convertidos nuestros

alientos en uno—. Por el amor de Dios, no me preguntes. Si de verdad me quieres, no lo hagas.

—Te adoro...

—Entonces no hables, no digas nada. Solo ámame. Sin preguntas. Ámame. Te necesito más que a mí propia vida...

Nuestros labios volvieron a encontrarse. Esta vez con más furor, con verdadero frenesí. Y cuando me separé solo logré articular:

—¿Estás... segura?

No me contestó. En lugar de eso cogió mi mano, poniéndola sobre uno de sus senos de adolescente, para que mis caricias fueran más íntimas, más ardientes. Y en esta ocasión no se volvió atrás. Estaba dispuesta a entregarse a mí hasta sus últimas consecuencias.

Y así fue.

Cuando, desnudos ambos sobre el sofá, nos hicimos el uno del otro, supe que yo era el primero en abrirme paso entre aquellos espléndidos muslos de mujer. A pesar de toda mi delicadeza, ella cerró los ojos y ahogó un grito de dolor, clavando sus uñas en mi espalda, arañándome. Pero se abrazó a mí con más fuerza, feliz por nuestra unión, que de verdad se hacía con todo el amor que albergaba mi corazón.

* * *

Cuando desperté ya había amanecido. Y lo primero que vi al abrir los ojos fueron los rubios rizos de Carol, su rostro de niña sobre mi pecho, sonriente y dormida.

Sonreí recordando lo que sucedió la noche anterior, aquellos felices momentos en que fuimos uno gracias al milagro del amor, pensando solo en nuestro mutuo cariño. Seguía siendo una niña a pesar de todo, inocente y pura como una flor. Para mí aún no había perdido la inocencia, aunque hubiese sentido en sus entrañas a un hombre.

Me levanté procurando no despertarla, saliendo con cuidado de entre las sábanas. Y cuando estuve fuera del lecho admiré su cuerpo desnudo una vez más, sin procacidad ninguna.

Era... maravillosa. Jamás tuve una mujer como ella entre mis brazos. Lo que había sentido con ella nunca lo experimenté antes con ninguna otra. Con ella, el amor era solo eso. Amor. Para mí, más que suficiente.

Fui hasta la ventana del dormitorio. Hacía buen día. O al menos esa sensación me daba, aunque es bastante difícil saber cuál será el tiempo en Manhattan solo con mirar por la ventana. Los rascacielos, los altísimos *buildings* de Nueva York, no permiten otear el cielo con facilidad.

De todas formas me había hecho una promesa aquella noche e, hiciera el tiempo que hiciera, la cumpliría. No había terminado la novela, eso era cierto. Pero era bien poco lo que faltaba. Podría terminarlo sin dificultades

al volver.

No desayuné. Lo haría después, a mí regreso.

Me puse un chándal azul con franjas rojas a lo largo de brazos y piernas, que llevaba meses ya sin usar, metido entre bolas de naftalina. En el pecho, en la parte izquierda, tenía grabado el escudo de los Yankees, mi equipo de *baseball* favorito, como muchos millones de norteamericanos.

Así vestido, marché hacia Central Park. Pero antes dejé una nota para Carol junto a la cabecera de la cama, en la mesita de noche, por si acaso se despertaba antes de mi retorno. Se llevaría una desilusión al no verme junto a ella, pero después subsanaría aquello...

Poco después estaba caminando por las calles, entre la gente que llenaba las aceras a aquellas horas de la mañana, cuando comenzaba la actividad diaria en la ciudad. El cambio desde la calle 14 hasta Central Park es largo, muy largo. Pero aquello le vendría bien a mis piernas. Y a mí salud, por supuesto.

Naturalmente, la calle que cogí para ir directo fue la larguísima Park Avenue, sin duda la arteria principal de Manhattart, la columna vertebral de la isla. Y por ella fui recto hacia Central Park, sus jardines y lagos, en el corazón de la isla.

* * *

Central Park...

El último reducto de la Naturaleza en todo Manhattan. Parecería una aberración, de no ser tan triste. En lugar de una pequeña ciudad rodeada por enormes extensiones de bosque, nosotros teníamos un parque en medio de aquella urbe colosal.

El Hombre dominando la Naturaleza. En Nueva York sí podía emplearse esa frase. Y yo la empleo, pero como denuncia. El hombre no puede, *no debe* dominar la naturaleza, sino dejar que esta siga su curso, sin alterarla en lo más mínimo.

Mientras corría por allí, practicando el *jogging* como cientos de personas en Nueva York hacían todos los días a aquella hora, no pude evitar pensar en mí, en Carol. ¿Qué pasaría ahora? Ella era menor de edad. Y su padre, por si fuera poco, irlandés. No es que eso significase nada en realidad, pero sabía del carácter irlandés, de su forma de pensar.

Era demasiado pronto aún para tomar decisiones. Un amor de tres noches puede ser solo pasión. Debíamos asegurarnos de nuestros sentimientos. De nosotros mismos, incluso.

Con la respiración acompasada, siempre a buen ritmo, manteniendo una velocidad constante, corrí por el césped, eludiendo los árboles que había en mi camino. Había bastante gente haciendo *jogging*. En los últimos años muchas personas, sobre todo los jóvenes, parecen haberse concienciado

acerca de la importancia del deporte. Y uno de los que mejor se pueden practicar es este, el sano ejercicio de correr.

Me sorprendió mi resistencia, pasando un cuarto de hora sin parar de correr. Mi forma física estaba mucho mejor de lo que pensaba. Y, aunque jadeante y sudoroso por la carrera, podía resistir más. Todavía me faltaba mucho para convertirme en un escritor gordo y cachazudo. Mi juventud se rebelaba ante eso.

Bajé el ritmo, apartando el sudor de mi frente con la manga del chándal al mismo tiempo. Me sentía bien. Mejor que en mucho tiempo. Si además hubiese tenido a Carol conmigo todo hubiera sido perfecto.

Quizá debí despertarla antes...

Si lo hubiese hecho muchas cosas se habrían evitado, probablemente. Pero no puedo estar seguro. No creo que el Destino se pueda torcer, por mucho que uno se esfuerce en hacer cébalas.

No sabré nunca si todo fue casual o en realidad se trató de una jugarreta de las Parcas, de esas ancianas depauperadas que tejen el hilo de la vida, según los mitos clásicos. Si no, ¿cómo puede explicarse que mientras iba pensando en Carol me encontrase con su hermana, Wanda Manning, en aquel lugar? ¿Casualidad?

Creo que pasé muy cerca de ella, pero ni siquiera me di cuenta. En realidad puede decirse que no la vi. En cambio ella sí me vio.

No supe que estaba allí hasta que la vi a mí lado, corriendo para ponerse a mí altura. Y la sorpresa hizo que me detuviera, con una amplia y cordial sonrisa en mis labios, aparecida casi de modo mecánico.

—Hola, señor Pearce —resopló, alterada su respiración, la belleza platinada tres veces campeona en las competiciones de esgrima del estado —. Sabía que volveríamos a vernos, pero... no supuse que sería aquí.

—La verdad es que yo tampoco esperaba verla aquí, *miss* Manning —estreché su mano con afecto, contento en el fondo—. ¿Viene a menudo?

—Oh, tuteémonos, por favor —sonrió Wanda, con una mueca de disgusto en su bonita cara—. Dicen que el que practica *footing* hace amigos. Y creo que es verdad. Si vamos a ser compañeros de carrera mejor que dejemos los tratamientos a un lado.

—Como quieras, Wanda.

—En cuanto a tu pregunta, sí, suelo venir muy a menudo por aquí —me contestó—. Me gusta mucho el deporte. Siempre me ha gustado. Y como la esgrima no es un deporte muy completo me gusta hacer otras cosas. Entre ellas, *footing*. Y este es uno de los pocos sitios donde puede hacerse.

La miré de arriba abajo. También vestía uno de esos chándales tan horribles que parecen pijamas con gorro y bolsillos, de color gris. Pero la parte superior la llevaba anudada a la cintura y solo una prenda muy fina, de manga corta, cubría su poderoso torso.

Debió adivinar mis pensamientos, porque sus ojos centellearon con algo de picardía y puso los brazos en jarras. Era muy diferente a Carol, más desenvuelta y vital. Sabía lo que era vivir y no pretendía pasar por bobalicona. Ella y su hermana tenían pocas cosas en común. Una de ellas, como es natural, el apellido.

—¿Y tú? ¿Vienes mucho por aquí? Es la primera vez que te veo en este lugar.

—Y es natural —reí—. Es la primera vez que vengo. Me he dado cuenta de que necesito algo de ejercicio o engordaré como un cerdo. Por eso estoy aquí.

—Bromeas...

—No, hablo en serio. ¿Por qué dices eso?

—Bueno, al verte por vez primera pensé... —pareció azorada durante unos instantes, pero enseguida sonrió otra vez—. Con ese tipo, podrías pasar como fichaje para el equipo de rugby.

Fruncí el ceño. ¿Dónde había oído antes algo parecido?

—Exageras —reí otra vez—. No tengo nada que ver con vuestro club. Ni siquiera soy deportista. He venido aquí porque mi pobre cuerpo lo necesita.

—Entiendo. Entonces será mejor que continuemos nuestro sano ejercicio matutino. Y te acompañaré. Así podremos conocernos mejor.

—Me parece muy bien —accedí, volviendo de nuevo a la carrera, con un ritmo bajo en principio. Wanda, a mí lado, sonrió, imitándome—. Tenía muchas ganas de conocerte y este es un sitio tan bueno o mejor que muchos para trabar amistad.

Era una chica simpática y vivaracha. Siempre tenía una respuesta adecuada para todo y no dudaba al darla. No parecían faltarle jamás las palabras. Ni el ánimo.

Estuvimos todo el rato hablando. Incluso mientras corríamos. Con ella no era difícil. Al contrario, resultaba un placer y pronto adquirías confianza. Estaba llena de fuerza y vitalidad. A veces su simpatía resultaba quizás arrolladora.

Era exactamente el polo opuesto a su hermana: extrovertida, jovial hasta rayar en lo avasallador. Tal vez también algo superficial en su carácter. No podría jurarlo.

Pero no cabía la menor duda de que nadie lo suficiente mente cuerdo sería capaz de rechazar su compañía. Resultaba agradable tenerla cerca, incluso allí, en Central Park, mientras corríamos por los últimos vestigios de la naturaleza en Manhattan, oír sus fluidas palabras, verla reír, aun cuando estuviera sudando. Y el tiempo mientras tanto pasaba volando, sin que apenas nos diésemos cuenta.

Hasta que por fin, cansados, decidimos descansar una vez más de

mutuo acuerdo. La zona más concurrida del parque a aquellas horas había quedado atrás. Los bancos de madera, los ancianos que charlaban al sol, las madres paseando a sus hijos pequeños lo más lejos posible de ruidos y contaminación, los *joggers* corriendo por los caminos empedrados, algunos muchachos haciendo auténticas acrobacias sobre los *skateboards*... Todo ello estaba bastante lejos, a nuestras espaldas. Y ante nosotros solo estaban las azuladas aguas de un lago, el más grande de los tres que hay en Central Park, muy cerca del Museo Metropolitano de Arte. Tras ellas las formas inconfundibles de los altísimos rascacielos rompían el encanto.

—No estás en tan mala forma como pensabas —jadeó, poniendo las manos en las caderas, enrojecidas sus mejillas tras la larga carrera, mi compañera de *jogging*—. Creía que te rendirías antes...

—Yo soy el primer sorprendido, créeme —resoplé a mí vez, quitándome el sudor como podía. El sol apretaba fuerte aquella mañana y, aunque me había quitado la chaqueta del chándal, hacía un calor que asfixiaba, después del esfuerzo—. Tampoco yo lo esperaba...

Wanda también estaba sudorosa. Sus jóvenes pechos casi resultaban visibles bajo la fina tela del jersey, empapado de sudor como estaba. Pero ella, aunque se percató del detalle, no intentó remediarlo.

Estábamos cansados. Yo hacía desesperados esfuerzos por controlar mi respiración, que marchaba por su cuenta para buscar el aire que reclamaban mis pulmones. Y Wanda, aunque con más experiencia, no parecía mejor que yo. Por eso se dejó caer sobre el mullido césped con los ojos cerrados, sin importarle en absoluto que se manchase su chándal.

—Me alegro de que te hayas equivocado —comentó desde el suelo, sin abrir los ojos, tendida, relajándose—. A ninguna chica le gustaría verte criando barriga, con los hombros caídos y la espalda combada por la vida sedentaria.

—No creo que eso importe a muchas.

Me senté a su lado, relajando mis piernas. Seguramente al día siguiente tendría unas agujetas terribles. Pero, ¿qué importaba? No habría más remedio que aguantarse.

—Oh, vamos —me miró, colocando al mismo tiempo las manos bajo su platinada cabeza—. Eres demasiado guapo para echarte a perder tan pronto. Eso de escribir, de abrirte camino en la literatura popular, está muy bien. También Howard y Lovecraft hicieron lo mismo. Y mira cómo acabaron. Howard se suicidó, cuando apenas había rozado el éxito. Y Lovecraft murió por un cáncer de duodeno, solo, apartado del mundo al que odiaba. No querrás que te pase lo mismo a ti, ¿verdad?[1]

—Claro que no —reí, sorprendido por las comparaciones que ella acababa de hacer—. Como tú has dicho, soy demasiado guapo para dejar que me pase lo mismo. Entre mis ambiciones no ha estado nunca la de

morirme tan pronto. Lo que sí me gustaría es adquirir tanta fama como ellos, aunque en vida, por supuesto. Maldita la gracia que me haría, si no...

—Y puede que lo consigas —sonrió Wanda, sin dejar de mirarme. Nuestras respiraciones ya eran más normales, aunque su pecho todavía subía y bajaba demasiado—. No he leído nada tuyo, pero... Es posible que llegues alto, muy alto. Sin embargo, eres joven. Muy joven. También deberías divertirte un poco. Caer de vez en cuando en la frivolidad de la juventud no viene mal.

—Pensaré seriamente en lo que acabas de decirme —alcé mi mano extendida—. Lo juro.

—Tonto... —susurró, entre risas, con un mohín encantador—. Hablo en serio.

—Y yo también.

Apoyó un codo en la hierba para observarme mejor. Su cabello de plata bruñida caía en brillante cascada a lo largo de su brazo, acariciando el césped.

—Por cierto, todavía no me has dicho qué seudónimo utilizas. Me gustaría leer alguna novela tuya...

—Algún día te lo diré —afirmé, socarrón—. Pero por ahora mejor que lo desconozcas. Aún queda algún tiempo para que se publique una mía. Será una sorpresa. Así podré entregarte yo un ejemplar.

—De acuerdo —suspiró, volviendo a recostarse—. Espero que tengas calidad. Si no te denunciaré a las autoridades, por estafa vil y engaño premeditado a una lectora indefensa.

—Eso solo puedes juzgarlo tú —me encogí de hombros, divertido por sus ingeniosos comentarios—. Después acataré la pena impuesta. Y bien venida sea si no he logrado satisfacerte.

Una extraña sonrisa apareció en sus labios. Pero continuó tendida, como desmadejada sobre la verde hierba.

—Satisfacerme si puedes —musitó, para mí sorpresa—. Y ahora mismo, si lo deseas. Yo aceptaría gustosa...

Fue como un mazazo en las sienes. No esperaba tan sorprendente invitación. No aún, cuanto menos. Pero al parecer ella estaba mucho más liberada de lo que yo creía.

Era perfectamente natural, claro está. En otro momento yo no hubiera hecho ascos a tan sugestivo ofrecimiento. Pero en aquella ocasión había algo por medio.

Carol, su hermana...

—No creo que este sea ni el momento ni el lugar adecuado para tal cosa —opiné, con toda naturalidad, como todo el asunto en sí—. Disfrutemos de nuestra mutua compañía sin sexo, por ahora. Quizá en otra ocasión...

—Sí, claro —sonrió, comprendiendo, sin alterarse lo más mínimo—.

De momento es suficiente la amistad.

—Así es.

De pronto, como si hubiese recordado algo, me miró ceñuda. No creí que eso tuviera nada que ver con lo de antes.

Y acerté.

—Por cierto, ¿has vuelto a ver a mi hermana desde anteayer?

Estuve a punto de responder que sí. Y ese breve monosílabo latió en mi boca durante unos instantes. Pero lo pensé mejor, al recordar el estado en que Carol se encontraba cuando vino a mí.

—No, no he vuelto a verla —mentí, negando débilmente con la cabeza, sin darle demasiado teatro a la cosa—. Y es una lástima. Es una gran chica.

—Sí, lo es —sonrió con ternura la campeona de esgrima—. No cabe ninguna duda de que lo es. Pero es extraño que tú, precisamente, digas eso.

—¿Por qué?

—Todos los que la conocen por encima, muy superficialmente, opinan que es muy rara, que no se comporta como una chica normal —se encogió de hombros, al responder—.

Y en cierto modo tienen razón. Es muy introvertida y tímida. A veces arisca y malhumorada por tonterías; otras, parece feliz como nadie en el mundo, como si andase entre nubes de algodón, en un mundo de ensueños. Tiene un carácter difícil, que muy pocos entienden. Es extremadamente sensible. Demasiado para andar con tan entera libertad por Nueva York. A menudo tiene crisis nerviosas.

—Lo suponía —suspiré, asintiendo—. Fue durante una de esas crisis cuando la conocí. Pero entonces no lo sabía. Estaba debajo de la lluvia, temblando, como alucinada...

—Esos arañazos son un recuerdo de esa noche, ¿verdad?

Afirmé con la cabeza, apretando los dientes.

—Dime la verdad, ¿qué hay entre mi hermana y tú? —preguntó entonces, escrutando mi rostro con fijeza—. El otro día, ella parecía tan feliz a tu lado que...

—Por ahora —la interrumpí— solo hay amistad. Una gran amistad...

CAPÍTULO VII

—Será mejor que regresemos —opinó la joven Wanda, al ver que la conversación se iba tornando demasiado seria, poniéndose en pie con agilidad—. Tal vez Carol haya vuelto a casa. Y quisiera estar a su lado cuando lo haga.

—¿Es que se marchó?

También yo me levanté para mirarla. Quería saber qué había sucedido, porque Carol vino a aquellas horas de mi casa, solo para entregarse a mí casi con desesperación.

—Sí, ayer. No entiendo lo que pasó. Sencillamente, salió corriendo al verme. Y no ha regresado desde entonces. Mis padres no están demasiado preocupados. Están acostumbra dos a sus desapariciones. Pero yo si lo estoy. Y mucho...

—¿Y de verdad no sabes por qué se marchó?

Caminábamos ya hacia el este, el camino más corto para salir de Central Park, pasando por el Art Museum hacia Park Avenue, adentrándonos en el corazón de la Gran Manzana.

—No, lo ignoro. Había pasado una noche muy divertida y movida con un amigo. Y al volver a casa me la encontré delante de mí con los ojos muy abiertos, mirándome. Después se marchó sin decir palabra, corriendo cómo si la persiguiesen todas las huestes del infierno.

—Quizá la perseguían.

—¿Cómo dices? —se volvió hacia mí, pestañeando.

—No, nada. Pensaba...

Se agachó para cortar una solitaria margarita que había crecido allí con la llegada de la primavera. La flor, quebrado su tallo, quedó entre sus dedos. No la deshojó. La puso en su boca entre los labios carnosos, sin carmín esta vez.

—Seguro que ya habrá vuelto —sonrió, sin soltar la flor. Me miró—. ¿Tienes algo que hacer ahora?

—Poca cosa. Acabar una de mis novelas.

—En ese caso vas a venir conmigo —decidió, de una forma muy democrática—. Si ha regresado Carol podrás verla de nuevo. Y si no, pasearemos por las calles de Broadway.

—¿Broadway? Pero eso está en la otra punta de la ciudad. No serás capaz de decirlo en serio.

—Lo digo en serio. ¿No querías mantenerte en forma? Ahora no irás a echarte atrás. ¿No es cierto? Además nunca he paseado por Broadway con

un novelista. Y no pienso dejar que te escapes, ahora que tengo la oportunidad.

Sonreí. Pensé en Carol, en la nota que había dejado sobre la mesita. No era tan tarde, después de todo. Y seria agradable ir por las calles de Manhattan con aquel huracán que era Wanda Manning.

Esa es una de las ventajas de mi profesión: que eres libre, totalmente libre para hacer lo que quieras, a voluntad, a cualquier hora. Mientras rindiese lo suficiente para comer...

—Está bien —accedí—. Vayamos a Broadway...

* * *

Fue el llegar a Broadway Avenue, charlando como viejos compañeros, riendo cual cosacos borrachos con cada broma, con cada ocurrencia de aquella chica extraordinaria, desenvuelta y abierta incluso con alguien tan poco conocido para ella como yo, que convertía cada minuto en un instante delicioso y me había contagiado en sana locura, cuando vimos los coches-patrulla de la policía. Estaban ante un edificio de apartamentos de alquiler, parpadeando las luces de urgencia, sin la sirena conectada. Y alrededor un gran revuelo de gente, de curiosos.

Por la expectación, debía ocurrir algo grave.

—Lo que hace el morbo —rezongué, volviendo la vista hacia Wanda —. Seguro que se trata de un asesinato. ¿Quién será el pobre diablo?

Wanda estaba tensa, mirando el edificio de apartamentos, los coches-patrulla, los agentes uniformados que había en la puerta. Parecía haber reconocido aquel lugar.

—Dios mío —murmuró, estremeciéndose—. Ahí es donde Nathan... el tipo con el que estuve hace dos noches. Ahí lleva a sus amiguitas. ¿Qué habrá pasado?

Mi interés por lo que hubiera podido ocurrir en aquel lugar, nada más iniciarse la Avenida Broadway, se centuplicó tras aquellas palabras. Cogí la muñeca diestra de Wanda, aquella con la que tan bien solía empuñar el florete, y tiró de ella, cruzando la avenida de lado a lado, atravesando toda su amplitud con potente zancada.

Muchos curiosos teorizaban sobre lo que ocurría. Otros, en cambio, solo miraban, interesados por el despliegue policial que allí tenía lugar.

Me acerqué a uno de los agentes, dejando a Wanda sola. El *policeman*, aquel patrullero espigado vestido totalmente de azul, que se hallaba sentado en el coche-patrulla con la puerta abierta y el radio transmisor en la mano, me miró al advertir que me aproximaba. Brilló la placa de su pecho al ser tocada por los rayos de sol, con destellos plateados que casi hicieron invisibles para mí el majestuoso águila y las inscripciones grabadas en ella.

Dejó el radio-transmisor, dando por concluida la conversación con la

centralita de la policía, y salió del coche, sin dejar de observarme.

—¿Qué es lo que sucede, agente? —me atreví a preguntar—. ¿Qué ha pasado aquí?

—¿Es usted periodista, amigo? —preguntó él también, con sequedad, levantando de un papirotazo la visera de su gorra—. Si lo es enséñeme su documentación.

—No soy periodista. Solo siento curiosidad por lo que ha pasado ahí dentro, como cualquier ciudadano que pasa por aquí.

—Bien, no es un secreto oficial —se encogió de hombros, displicente, apoyándose en el automóvil policial—. Un homicidio, tan solo. Uno más en esta puerca ciudad. Un tal Dobbs...

* * *

Asesinato...

Wanda emitió un gemido de angustia al identificar el cadáver. No era agradable, ni mucho menos. Estaba tumbado en el suelo, desarticulado, roto como un pelele, de espaldas, en el *hall* de aquel nidito de amor que utilizaba para pasar noches agradables con total discreción. Sus ojos estaban desorbitados ante la inminencia de una muerte segura, que, por desgracia para él, se había producido.

Una gran mancha de sangre, oscura ya, cubría sus ropas, a la altura del estómago, e incluso una pequeña parte del suelo. Y mi olfato detectó en el aire cierto olor a muerte.

—Nathan —jadeó Wanda estremecida, pero sin soltar ni una lágrima—. No puede ser. No...

El forense, arrodillado junto al cadáver, miró a mí joven amiga. Su palidez era casi marmórea, mientras observaba al hombre que solo dos noches antes fuera su amante.

—¿Identifica usted a este hombre?

—Sí... Sí... —balbució, aferrado a mí brazo, tragando saliva con dificultad—. Es... Nathaniel... Dobbs, un socio de mi padre.

—Muy bien, señorita Manning —asintió el médico de la policía—. Es todo cuanto necesitábamos. Puede marcharse si lo desea, y entregar sus datos a algún agente. Simple rutina.

Wanda asintió. Parecía enferma de verdad ante todo aquello. Y yo tampoco estaba muy tranquilo. Ver a un cadáver antes de desayunar es más penoso de lo que imaginaba.

—¿Cómo... le han matado, doctor?

—Pues ahora exactamente no lo sé —confesó el buen hombre, ante la atenta mirada de algunos agentes que iban tomando datos. Entre ellos, un oficial de paisano—. Pero podría jurar que ha sido con un objeto largo y punzante, no muy grueso. Un estoque, tal vez. O una espada. La autopsia

podrá precisarlo mejor.

También a mí me costó mi propia saliva al oír aquello. Y al mismo tiempo sentí un escalofrío, que logré disimular. Wanda seguía cogida a mí brazo, sin soltarse en ningún momento. De pronto, toda su alegría, toda la lozana juventud que parecía exhalar su cuerpo se había esfumado.

—Una espada —murmuró el oficial de policía vestido de paisano, arqueando una ceja, para mirar después a la joven—. Perdone, señorita Manning, pero ¿no es usted esgrimista o algo parecido?

—Sí... Sí...

Todas las miradas convergieron en ella. Incluso la del forense, que luego se volvió hacia el oficial.

—¿Cuánto calcula, doctor, que lleva muerto ese hombre?

—Unas doce horas, quizá algo menos... —respondió el forense.

—Perdone la pregunta, *miss* Manning. No tratamos de acusarla de nada. Es una simple previsión. ¿Quiere decirnos dónde pasó la noche de ayer, por favor?

La vi temblar, asustada. No estaba preparada para una cosa así.

—Yo... Yo...

Dudaba. No quería decir dónde estuvo, era evidente. Quizá tenía coartada, quizá no... Pero no esperó a comprobarlo.

—La pasó conmigo, oficial —mentí fríamente, a la perfección. Últimamente me estaba convirtiendo en un artista de las mentiras—. Si tiene alguna prueba contra ella, expóngala. Pero antes deberá estar presente un abogado.

—No se sulfure, jovencito —sonrió con cierta ironía, mirándonos—. Ya dije ante que era simple previsión. Si estuvo con usted, es imposible que pueda acusársele de nada.

Poco después salíamos de allí, dejando nuestros datos a un policía, recibiendo en nuestras caras el aire cálido y contaminado de la ciudad. Pero al menos allí no había hedor a muerte.

Dejamos atrás el edificio. Wanda, a mí lado, estaba silenciosa y lívida, pero no cesaba de andar. Era una chica muy valiente.

—Gracias —dijo de pronto, procurando evitar mi mirada—. Muchas gracias, Jack.

—¿Por qué?

—Por decir que pasaste la noche conmigo. Me has sacado de un aprieto.

Hice que se detuviera, cogiéndola por los hombros de repente, con brusquedad. La miré a los ojos. Ella esta vez no me rehuyó.

—¿Qué aprieto? —silabeó—. No quiero ser cómplice de un asesinato, así que me lo vas a decir. ¿Dónde estuviste, en realidad?

—No... no puedo decírtelo. Estuve con un amigo, pero no puedo decirte

su nombre.

—¿No era él?

—No, no lo era.

La solté. Sonreí con acritud.

—Cada noche con uno deferente, ¿no es así? —comenté, mordaz—. No te gusta la rutina, al parecer. Eso está muy bien.

—No, Jack —gimió, a punto de llorar—. No me mires así, por favor. No me mires así...

Tomé aire, apartándome de ella. Ella me siguió con su mirada húmeda, pero no dijo nada. Sobraba cualquier palabra en aquellos tensos instantes.

Algo dentro de mí me decía que no mentía, que esa era la verdad. Sus ojos gritaban que así era, fijos en mí. Y yo la creía.

—No te preocupes, Wanda —suspiró profundamente—. No soy quién para censurarte nada. Eres libre de acostarte con quien te parezca, sin que nadie deba pedirte explicaciones. Ahora, por favor, debo volver a casa. Perdóname...

* * *

Carol no estaba en casa.

Cuando entré y vi el lecho vacío, con las sábanas revueltas y la nota todavía sobre la mesita, la llamé, pensando que estaría en el baño o en la cocina. Pero nadie me contestó. Nadie podía contestarme.

Poco después, una vez recorrida toda la casa, supe que se había marchado. ¿Adónde? Cualquiera sabía.

Los folios de mi novela casi acabada seguían en el mismo sitio, numerados y en orden. La máquina estaba en el mismo lugar. Todo estaba tal como yo la dejé al marchar. Todo... menos Carol, mi amante, mi dulce Carol.

No estaba allí.

Hundido, me dejé caer en el sofá. Y por vez primera en toda mi vida pensé en la posibilidad de emborracharme, para dejar que los vapores del alcohol nublasen mi mente y así no pensar. No pensar que solo fue mía durante una noche...

No llegué a hacerlo. Hubiera sido una cobardía por mí parte. Y además no deseaba olvidar lo hermosa que fue aquella noche, perdido en el perfume de su piel naufragando en el azul de sus ojos.

Intenté tranquilizarme pensando que tal vez había regresado a su casa, para no preocupar más a su familia. Sí, era lo más probable...

Pegué un respingo al oír el zumbido del timbre. ¿Era posible que...? De un salto me incorporé y fui corriendo hasta la puerta, abriéndola sin demora.

No, no era ella.

No pude evitar un gruñido de decepción cuando me hallé ante aquel rostro bellísimo, los ojos negros como la noche, los cabellos muy rubios, casi plateados. No era aquel el rostro que yo esperaba encontrarme el otro lado de la puerta.

Era Wanda. Otra vez Wanda... Con el mismo chándal gris, aunque esta vez tuviese la chaqueta puesta y las menudas manos en los bolsillos.

—¿Está aquí?

La miré. Parecía preocupada. Me aparté, dejándola el paso libre. Ella, sin dudarlo, cruzó el umbral.

—No, se ha marchado —respondí, cerrando la puerta—. Pensé que me esperaría, pero no ha sido así.

—Sabía que me mentías —suspiró ella—. Por eso te seguí. No con el ánimo de molestar, por supuesto. Solo para saber cómo estaba Carol, qué había pasado.

—Pues ya no está —repetí, sin molestarme en absoluto—. Lo más probable es que haya regresado a tú casa.

—No, no ha regresado. He llamado hace un momento por teléfono y no está en casa. ¿Qué ha podido pasarle?

—No tengo ni idea —resoplé, cansado—. No logro entender a esa muchacha, por mucho que lo he intentado.

Apoyó la espalda en la puerta. También ella estaba cansada de todo aquello, pero conocía mejor a su hermano. Eran carne y uña, siempre juntos...

—Ayer por la noche —respondí, sin dejar de pensar en ella. No conseguía apartarla de mi mente—. Estaba al borde del histerismo, como destrozada por dentro. Y por mucho que pregunté no me dijo lo que la había ocurrido.

—Y le diste asilo en tu casa.

—Sí, así puede llamarse —asentí—. ¿Dónde puede estar ahora, maldita sea?

Wanda cerró los ojos y negó con la cabeza. Su gesto era bastante esclarecedor.

—Solo Dios puede saberlo —contestó—. Sabe andar sin dificultades por Manhatthan, sin temor a perderse. Lo único que podemos hacer es esperar.

—¿Esperar? ¿Dónde? ¿Sentados?

—Cualquier sitio es bueno —se encogió de hombros la joven campeona de esgrima, con triste sonrisa—. Pero hay un sitio al que Carol iría antes que a ningún otro...

* * *

El Club Deportivo Lafayette...

Allí estábamos de nuevo ante sus instalaciones, cerradas ya. El tiempo dedicado a los entrenamientos para los hombres y mujeres que figuraban en su nómina ya había pasado.

Y por tanto sus puertas estaban cerradas hasta el día siguiente. A menos que por la tarde hubiese un partido de rugby. Y aquel día no daba esa casualidad.

Teníamos delante el edificio de cinco plantas, con el escudo de la entidad sobre sus puertas cerradas, como un enorme ojo multicolor que parecía observarnos desde las alturas.

—¿De verdad esperas que venga aquí? —dudé, mientras nos acercábamos a la bloqueada entrada—. Está cerrado...

—Y tú lo has dicho —sonrió como podría hacerlo cualquier ladrón de guante blanco ante unas joyas a su alcance—. Está cerrado. Pero pronto dejará de estarlo, con esto.

Sacó algo de un bolsillo del chándal grisáceo que cubría su cuerpo. Hubo un suave tintineo metálico al hacerlo, que me permitió identificar lo que era, antes incluso de verlo.

Unas llaves. Orgullosa, me las mostró. Estaban sujetas a un llavero con el escudo del club Lafayette.

—Con ayuda de estas llaves podremos abrir todas las puertas que se pongan en nuestro camino —afirmó ella, convencida de lo que decía—. Son de mi padre que, como sabes, es uno de los directivos. Se las he sustraído por unas horas, mientras esperamos a mí hermana.

—¿Crees que vendrá?

—Estoy segura —asintió Wanda—. Ama la esgrima tanto o más que yo mismo misma. Si algo anda mal vendrá aquí, a refugiarse en su mundo particular, entre espadas y blasones.

—Hablas de ella como si fuese una enferma...

—No, no está enferma —negó con energía la joven Wanda, pensativa —. Solo es... muy sensible. Y su equilibrio psíquico es muy delicado. Puede desmoronarse en cualquier momento y caer en depresiones que parecerían absurdas para quien no la conozca bien. Es probable que sea herencia. No lo sé.

—Entiendo. Sí, entiendo muy bien.

Fue sencillo abrir las puertas. Y más sencillo todavía fue entrar en el edificio, tras encender las luces.

—Así podré entrar —sonrió Wanda, dejando la entrada abierta de par en par—. Esperemos que no tarde demasiado.

Poco después volvíamos a estar en la tercera planta, el lugar donde se efectuaban los entrenamientos para los campeonatos de esgrima. Solo había silencio en derredor. Y la única luz que había era la que entraba por los amplios ventanales, llenando toda la estancia con una irresistible sensación

de anacronismo, con tantos escudos de armas y espadas reflejando con chispazos plateados los rayos solares.

Miré por una de las ventanas. Vi el estadio de rugby, solitario, abandonado. Y detrás majestuosos edificios del West Broadway. Después solo queda estaba el Hudson, los muelles de Manhatthan, el Side...

—No te preocupes —oí a mis espaldas la voz de la hermosa Wanda Manning. Vendrá...

—Sí, pero ¿cuándo?

—¿Qué importa, con tal de que venga? ¿No serías capaz de esperarla todo el tiempo que hiciera falta? Todo el día, toda la noche, la mañana siguiente incluso...

—Sí, la esperaría.

Su mano se apoyó en mi brazo con afecto, apretándolo calurosamente. Me volví, viéndome reflejado en sus oscuros ojos, brillantes como pavesas encendidas.

—¿De verdad la quieres tanto?

—Más incluso.

—¿Estás... seguro?

—Sí.

Humedeció sus labios con la punta de la lengua. Sus ojos no se apartaban de mí, prometiéndome amor, ternura. Cosas que durarían un fugaz instante. Lo sabía a la perfección. Pero soy un hombre. Y ella... una mujer, una hembra completa, ardiente y sensual.

—Jack...

La abracé, estrechándola contra mí. Sus pechos, erguidos, duros como mármol, se aplastaron contra mi torso, solo separados por la débil barrera que eran nuestras ropas. Tuve sus labios ante mi rostro. Sentí su aliento abrasador y enervante golpeando mi cara. Mis manos habían descendido hasta su trasero, para aprisionar con furia los glúteos entre mis manos...

—Seré uno más, ¿verdad? —pregunté, acariciando el lóbulo de su oreja con mis labios—. Solo uno más en tu vida...

—No lo sé, Jack —susurró apenas la bellísima campeona de esgrima—. No lo sé...

Nos besamos. No la quería. No era amor lo que sentía por ella, estaba seguro. Solo deseo. Era una debilidad de hombre. No había tenido ella la culpa. Ni yo tampoco.

Creo que fue otra jugarreta del Destino...

Porque en aquel momento, mientras nuestras caricias se hacían más fogosas, una voz sonó detrás de mí, débil, quebrada por el dolor.

—¡Jack...!

Me volví como una centella, sorprendido. Un gemido escapó de la garganta de Wanda al reconocer aquella voz, al ver la figura que había

aparecido de pronto ante nosotros.

—Carol —musitó como aturdido.

Sí, era ella...

Nos miraba dolorida, con los ojos muy abiertos. No había furor en su gesto. Solo dolor. Un sufrimiento que le nacía en el alma, que hacía que temblasen sus labios...

—Creí que me amabas. Jack —jadeó, a punto de llorar—. Yo confié en ti, me entregué a ti, dándote lo mejor de mí misma... ¿Por qué?

—Carol... Yo...

—Ahora todo lo que amo me traiciona, Jac... Jack... —miró a su hermana, mordiéndose el labio inferior—. Wanda.

Maté a aquel hombre por ti, para que no te hiciese sufrir. Y ahora me robas lo que es mío...

—¿Qué dices, Carol? —me asusté, mientras la verdad se abría paso a puñetazos en mi mente—. No. Tú no puedes...

La cólera, el odio más profundo imaginable brilló en sus pupilas. Todo se derrumbaba en torno suyo. Y eso era más de lo que su torturada mente podía soportar.

Se abalanzó hacia uno de los blasones que adornaban las paredes. Su mano se cerró en torno a la empuñadura de una espada de fina hoja, que pronto se separó del escudo con un seco tirón.

—Que lo que siempre nos ha unido, hermana, nos separe ahora —dijo, rechinando los dientes—. Quiero demasiado a ese hombre. Más que a la vida. No permitiré que te lo lleves...

Cogió la otra espada para después tirársela a Wanda, que la cogió con la diestra sin ninguna dificultad. Brillaron los afilados aceros en sus manos, como deseosos de sangre.

—No, Carol —jadeó Wanda asustada, mirando el metal centelleante—. Por favor, no lo hagas...

De nada sirvieron sus ruegos. Carol fue hacia ella, con el odio fulgurando en sus ojos, ahora convertidos en turbulentos temporales. El amor y el odio, la Vida y la Muerte se mezclaban en su mente, en confuso caos. Estaba dispuesta a matar a su hermana.

Chocaron varias veces los mortales aceros. Wanda se limitó a defenderse cómo pudo. No quería hacer daño a su hermana. Y los ataques de esta eran tan furiosos y mortíferos que resultaba difícil, incluso para una campeona como ella, evitarlos.

Era una lucha fratricida. Caín y Abel de nuevo frente a frente, en un combate a muerte.

Intenté evitarlo como fuese, dispuesto a agarrar a Carol para desarmarla. Me acerqué a ella mientras peleaban. Una, atacando; la otra, defendiéndose tan solo, sin usar su pericia ni el filo de su arma contra su

hermana.

—Por el amor de Dios, Carol —fueron mis palabras, mientras me arrojaba sobre ella para terminar con aquella locura—. ¡Para!

Pero se dio cuenta de mis intenciones antes de que llegase hasta ella. Y su brazo se movió, trazando un círculo hacia mí. El acero silbó en el aire, acercándose, mortal, aniquilador...

Solo mis reflejos me salvaron. En el momento crucial di un salto hacia atrás, por puro instinto de conservación. Pero no pude evitar que la espada trazara un surco sangriento en mi pecho, doloroso pero sin importancia.

Carol entonces quedó inmóvil, mirándome asustada. La espada había caído de su mano, al ver que la herida que cruzaba mi torso, entre la ropa desgarrada.

—¡Dios mío, Jack —sollozó—! He estado a punto de matarte. He podido destruir lo que más amo. ¿Qué he hecho...?

No tuve tiempo de evitar lo que sucedió después. Solo vi que Harold, llorando se daba la vuelta y corría... ¡hacia las ventanas!

—No, Carol... No... ¡NOOOOOO...!

Se estrelló contra los vidrios destrozándolos, mientras mi aullido retumbaba en la estancia, precipitándose al vacío. Vi su cuerpo desaparecer por el cristal roto. El sonido de crista les rotos, su grito postrero, estuvieron a punto de volverme loco.

Corrí hacia la planta baja enloquecido, para salir por la puerta de atrás hacia el campo de entrenamiento, muy cerca del estadio. Pero era tarde. Al llegar junto a ella, estaba muerta. Era solo una muñeca rota, desmadejada, con el cuello roto y un hilillo de sangre en las comisuras de sus labios.

Y lloré... Lloré por un amor de tres días, por unos ojos azules como el cielo, por unos labios de amapola... Y todavía continúo llorando por todo eso, aunque trato de olvidarlo.

Quizá por eso he escrito esta novela. Ojalá los recuerdos queden para siempre aquí, como el producto de la imaginación de un joven autor de literatura popular, entre estas páginas que yo, Jack Pearce o Lem Ryan, sea cual sea mi auténtico nombre, no quisiera leer nunca.

F I N

RELOJ ALARMA

Este reloj digital de cuarzo líquido con avisador programado y cuatro pulsadores dispone de las siguientes funciones: Hora, minutos, segundos, n.º de mes, día del mes, día de la semana, programador de alarma y luz para la noche.

Ref. 2.077

sólo 2.200,— pts



MINI RELOJ DE PENDULO

Bellísimo reloj que simula un reloj de péndulo de cuco, funciona a cuerda y el péndulo y la palomita superior están en continuo movimiento. Finamente decorado a mano este simpático reloj reproduce una casita tirolesa con elementos en relieve. Por sus pequeñas dimensiones (150 × 110 mm) es ideal para dar una nota de alegría a las habitaciones juveniles.



Mini Reloj de Péndulo

Ref. 2.279

por sólo 1.750,- pts.

RELOJ DIGITAL PARA SEÑORITA

Con caja y pulsera de acero inox. de bellísimo diseño. Tiene cinco funciones: Horas, minutos, segundos, mes y día del mes y luz para lectura nocturna.

Ref. 2.053

sólo 1.150,— pts



RELOJ DIGITAL PARA CABALLERO

Resistente reloj de caja y pulsera en acero inox. Con cinco funciones: horas, minutos, segundos, número del mes, día del mes y luz para lectura nocturna.

Ref. 2.052

sólo 1.150,— pts

Condiciones para America, pedir información.

Sr. Director: Acogiéndome a sus ofertas y teniendo en cuenta las garantías que me ofrece, le ruego me envíe a mi domicilio los artículos que le detallo a continuación, así como los regalos que me corresponden de acuerdo con el importe de mi pedido.

REF.	ARTICULO	PRECIO
PAGO REEMBOLSO	GASTOS DE ENVIO	150
	IMPORTE TOTAL	

Nombre ______ Edad ______
Domicilio ______ Tel. ______
Población ______ Dto. Postal ______
Provincia ______ Fecha de pedido ______

Escribir a **BAZAR POPULAR**, Apartado 14.020, Barcelona







EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Precio en España 60 ptas.

Notas



Alusión a dos famosos escritores americanos: Robert E. Howard, creador de personajes tan populares como Conan, Ring Kull o Red Sonja, y H. P. Lovecraft, el auténtico Maestro del Terror. Todo lo que aquí se refiere sobre ellos es verídico. (N del A.)